



CENIT

Sociología - Ciencia - Literatura

SUMARIO

Lucha sin tregua.
Un drama terrible, **J. Martí.**
Cuando llega Mayo, **Fontaura.**
Juan García, **J. Viadiu.**

El movimiento obrero,
R. Liarte.

Martí revolucionario,
E. Martínez.

Mañanitas de Mayo, **R. R. V.**
Primero de Mayo,
Abarrátegui.

El centenario de "Syllabus",
Carlos M. Rama.

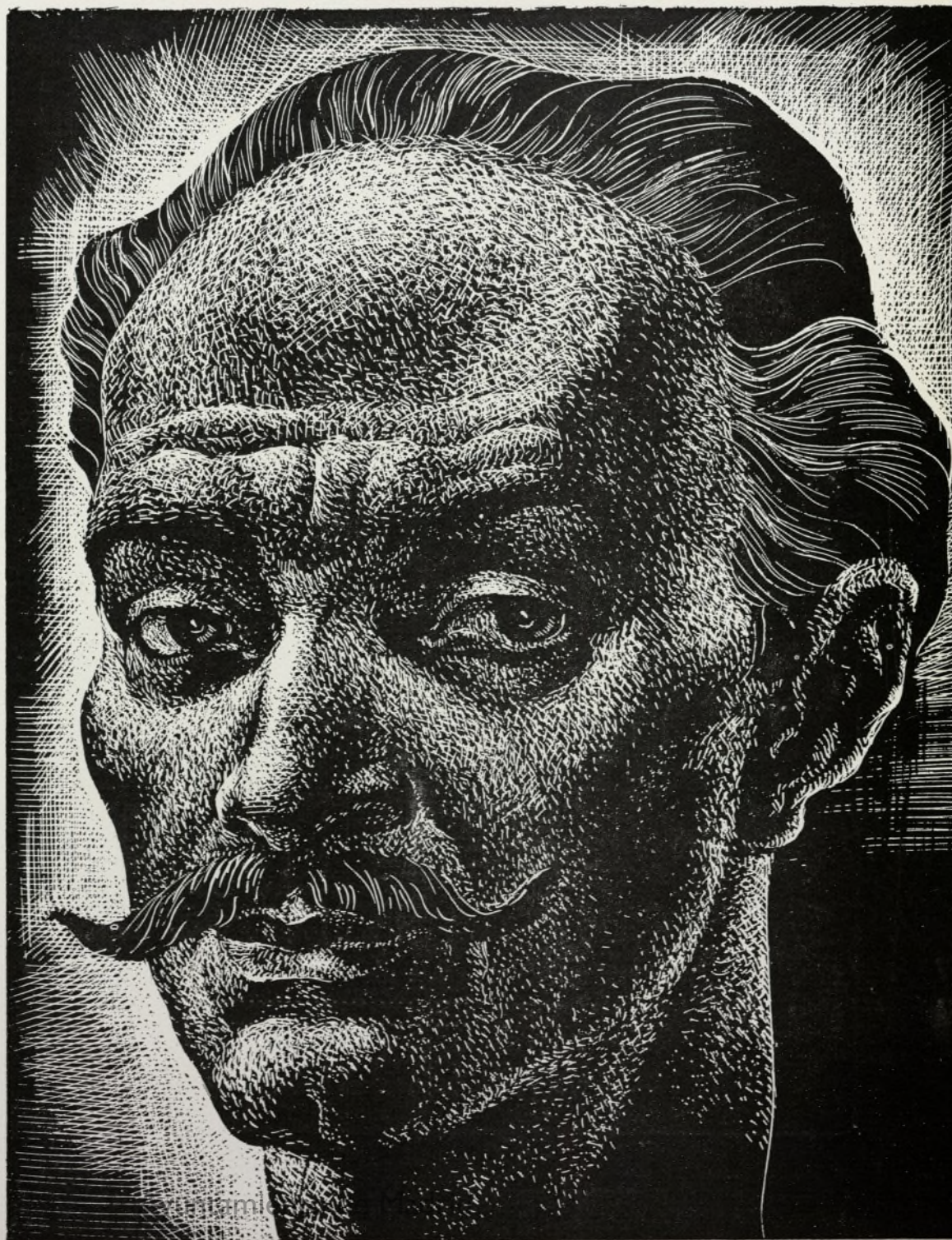
Loas al 1º. de Mayo,
Petro Gori.

163

Marzo - Abril

REVISTA BIMESTRAL

Precio : 1,50 Fr.



NUESTRA PORTADA

*Cultivo una rosa blanca,
En julio como en enero,
Para el amigo sincero
Que me da su mano franca.
Y para el cruel que me arranca
El corazón con que vivo,
Cardo ni oruga cultivo;
Cultivo la rosa blanca.*

José MARTÍ

¿quién era Martí?

«...una dimensión humana jamás alcanzada por ningún otro americano,...
«...un Apostol. Atesoraba una capacidad de simpatía y de amor por el negro y el indio, que ya quisiera yo descubrir en los redentoristas de hoy,...
«...sumo artista de la palabra, un prosista y un poeta de altísima calidad, un pensador de vigorosa originalidad,...
«...el más vigoroso prosista de los últimos dos siglos.»

M.P. GONZALEZ.

C E N I T

**REVISTA BIMESTRIAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA
REDACCION**

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Viadimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day,
Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr Pedro Vallina,
Germinal Esgeas, Renée Lamberet, Miguel Valdivieso,
Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña,
Dr Amparo Poch, José Viadiu, Victor García,
J. Guiraud, Severino Campos.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: Michel Celma, C.C.P. 952-38
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

TODOS LOS PARECERES, POR DISTINTOS QUE SEAN DEL NUESTRO,
EN LOS QUE ALIENTE UN PENSAMIENTO RESPETABLE, TIENEN CABIDA
EN ESTAS COLUMNAS



CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XV

Marzo-Abril 1965

Nº 163

LUCHA SIN TREGUA CONTRA LA EXPLOTACION

GRATO nos es ofrecer a nuestros lectores el histórico ensayo escrito por la pluma de diamante de José Martí, titulado: "UN DRAMA TERRIBLE". La prosa de Martí, profunda en ideas y rica en imágenes rebosantes de ternura, dejó escrito uno de los Homenajes más puros de cuantos han sido dedicados a los mártires de Chicago.

El apóstol de la libertad narra el proceso angustioso de los anarquistas asesinados por la reacción norteamericana. La grandeza del escrito y la personalidad de su autor han traspasado las fronteras para convertirse en símbolos de la más depurada encarnación del Derecho a la vida. Retrato fiel y exacto de los luchadores sacrificados. Con sumo acierto manifestó el pensador cubano: "Viví en el monstruo y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David".

Y al constatar le derrota de la causa de la justicia, lleno de angustia preguntaba y respondía:

"¿Qué haremos desunidos?

..."Puesto que la desunión fue nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino, ha menester que se le diga que la unión depende de nuestra vida".

El imperio que se alargaba de sol a sol, se había detenido en el poniente. Pero había que masticar el triste pan del destierro. Un pan sazonado por la fe y la tragedia. La esperanza y la nostalgia siempre van unidas en el zurrón del luchador. Martí supo lo que suponía luchar por la libertad de su tierra. Por eso comprendió a todos los que bregan por alcanzar la tierra libre, el campo abierto a la gran ventura de la manumisión. Los túneles de la noche del despotismo son largos y, hace falta mucha energía para atravesarlos con los pies descalzados y las espaldas cargadas de vidas trituradas por la máquina reaccionaria. Los muertos pesan, los fracasos agotan: luchar es padecer para que los demás no sufran. Era la tristeza de Martí, la inmensa tristeza del venido que no se daba por vencido. Y luchando soñaba. La libertad es el sueño de los talentos grandes, de los corazones nobles, de las conciencias recias.

Era el mártir un hombre hecho y derecho para glosar a los HOMBRES. Sólo los sentimientos nobles ennoblecen. De quien supo vivir para defender todas las causas justas, no podía salir ninguna baja. La pluma del esteta fue cortada para rendir culto a la pureza de los gestos viriles, de las ofrendas desinteresadas. Era Martí un enamorado de la belleza. Fuerte en el combate y resignado en el martirio. Se ha dicho que su elocuencia no era arrebatadora. Es posible. Su verbo de educador estaba hecho para persuadir, y para convertir.

Cuba, como todos los pueblos de la tierra, ha tenido hijos egregios, pero Martí es el genio de la independencia. Voz autorizada de la historia, luminaria. ¡Lástima que la revolución cubana no haya seguido las huellas imborrables del mártir y del profeta!...

Porque la palabra de Martí, y su doctrina, era la fuerza suprema para mover a todos los pueblos latinoamericanos, uniéndolos en una tarea común. Pasará la ráfaga totalitaria, y las enseñanzas del pensador tendrán que ser revisadas y tenidas en cuenta.

En este 1º de Mayo de lucha y de recuerdo, el Movimiento Libertario Español, al ensalzar la hazaña inmortal de los mártires de Chicago, ofrece el espacio más blanco y puro a las líneas eternas escritas por José Martí ¿Quién mejor que un mártir puede hablar y sentir la tragedia de los mártires del trabajo y la manumisión social?

El tiempo corre, vuela. No se detiene. El drama de Chicago, fue el inicio de una epopeya de clase frente a un capitalismo cerril por ciego. Creían los poderosos que mediante el sacrificio de una gavilla granada de anarquistas, todo iba a cambiar de rumbo. Craso error ¿Acaso la sangre de los mártires no es simiente de doctrina? Más tarde, se ha adulterado el significado moral de la tragedia obrera y libertaria. Pero la verdad es indivisible. Aún suena por doquier el eco de las últimas palabras de nuestros entrañables compañeros; aún resuena en el subconsciente de las conciencias el Mensaje que el universo acogió como evangelio emancipador. La verdad acabará por abrirse paso. Es la nuestra una lucha permanente contra las fuerzas del mal. Un combate sin tregua.

El calvario de Chicago fue el aldabonazo sublime para que la humanidad despertara de su letargo y aceptara la voz anarquista confundida en dignidad y humanismo, con la acción protestataria de la clase obrera. Y desde aquella jornada estelar, grande es el trayecto que hemos dejado atrás. ¡Cuántos muertos! ¿Para qué? Para que los ex-hombres fueran hombres ¿A quién se debe el progreso que la humanidad alcanza por momentos?

Desde Chicago a España, una misma epopeya. Una gota de sangre por una gota de luz. Una vida por un milímetro de justicia. Una doctrina hecha razón y sabiduría por un Universo empeñado en mantener dogmas muertos e intereses bastardos. Nada hubiésemos logrado sin unión. Esta ha sido nuestra fuerza. Si la perdemos, estamos perdidos. ¿Quién de nosotros no ha de saber fortificar nuestra Organización para fraguar la victoria?

Libertarios de todos los pueblos, sindicalistas revolucionarios de no importa que latitud, anarconsindicalistas de todos los caminos; anarquistas del mundo: ¡Arriba los corazones! Uno de los nuestros, Francisco Ascaso, paradigma del Movimiento Libertario Español e Internacional, dijo mirando a la muerte cara a cara: "No seamos excesivamente trágicos". Estamos de luto. España mana sangre. Chicago es eterno. Pero inmortal es nuestra lucha y a la acción se va con la sonrisa en los labios y el corazón rebosante de amor. Libertarios: seamos profesores de esperanza. Hemos perdido muchas vidas preciadas, pero el mundo del bajo y el socialismo libre será conforme a nuestros postulados de paz, amor y justicia social.



UN DRAMA TERRIBLE

Por José MARTÍ

I

REPRODUCIMOS completo este magnífico ensayo debido a la pluma de José Martí, titulado: "Un Drama Terrible".

Con aquélla su prosa rica en conceptos y en imágenes, que a veces nos deslumbra, como un cofre de piedras preciosas, Martí expone, todo el proceso de los anarquistas asesinados legalmente por la plutocracia norteamericana en 1887; describe sus vidas, sus luchas, sus ideales, su trágico final, el entierro, la actitud valiente y cívica de cada uno ante el Tribunal, la militancia de sus prosélitos. Todo lo enfoca y expresa con su prosa vibrante y brillante.

Este trabajo íntegro, jamás ha sido reproducido para los trabajadores. Se han hecho extractos de la primera parte del mismo: "Un Drama Social en Chicago", de acuerdo con la conveniencia de los que lo reproducían.

Por la calidad de lo escrito y de quién lo escribió, CENIT ha creído conveniente publicarlo en este número, como un homenaje sentido, tanto a los líderes asesinados, como a quién, idealista como ellos, que supo dar su vida por su ideal, los retrató magistralmente, para que cada trabajador pueda leerlo, guardarlo y reverenciarlo.

GUERRA SOCIAL EN CHICAGO

Ni el miedo a las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar a los pueblos en sus crisis, ni al que las narra. Sólo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores. No merece el dictado de defensor de la libertad quien excusa sus vicios y crímenes por el temor mujeril de parecer tibio en su defensa. Ni merecen perdón los que, incapaces de domar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos sociales en conocer y pesar las causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen.

En procesión solemne, cubiertos los féretros de flores y los rostros de sus sectores de luto, acaban de ser llevados a la tumba los cuatro anarquistas que sentenció Chicago a la horca, y el que por no morir en ella hizo estallar en su propio cuerpo una bomba de dinamita, que llevaba oculta en los rizos espesos de su cabello de joven, su selvoso cabello castaño.

Acusados de autores o cómplices de la muerte espantable de uno de los policías que intimó la dispersión del concurso reunido para protestar contra la muerte de seis obreros, a manos de la policía, en el ataque a la única fábrica que trabajaba a pesar de la huelga: acusados de haber compuesto y ayudado a lanzar, cuando no lanzado, la bomba del tamaño de una naranja que tendió por tierra las filas delanteras de los policías, dejó, a uno muerto, causó después la muerte a seis más y abrió en otros cincuenta heridas graves, el juez, conforme al veredicto del Jurado, condenó a uno de los reos a quince años de penitenciaría y a pena de horca a siete.

Jamás, desde la guerra del Sur, desde los días trágicos en que John Brown murió como criminal por intentar sólo en Harper's Ferry lo que como corona de gloria intentó luego la nación precipitada por su bravura, hubo en los Estados Unidos tal clamor e interés alrededor de un cadalso.

La República entera ha peleado, con rabia semejante a la del lobo, para que los esfuerzos de abogado benévolo, una niña enamorada de uno de los presos, y una mestiza de india y español, mujer de otro, solas contra el país iracundo, no arrebatasen al cadalso los siete cuerpos humanos que creía esenciales a su mantenimiento.

Amedrantada la República por el poder creciente de la casta llana, por el acuerdo súbito de las masas obreras, contenido sólo ante las rivalidades de sus jefes, por el deslinde próximo de la población nacional en las dos clases de privilegiados y descontentos que agitan las sociedades europeas, determinó valerse por un convenio tácito semejante a la complicidad, de un crimen nacido de sus propios delitos

tanto como del fanatismo de los criminales, para aterrar con el ejemplo de ellos, no a la chusma adolorida que jamás podrá triunfar en un país de razón, sino a las tremendas capas nacientes. El horror natural del hombre libre al crimen, junto con el acervo encono del irlandés despótico que mira a este país como suyo y al alemán y eslavo como su invasor, pusieron de parte de los privilegios, en este proceso que ha sido una batalla, mal ganada e hipócrita, las simpatías y casi inhumana ayuda de los que padecen de los mismos males, el mismo desamparo, el mismo bestial trabajo, la misma desgarradora miseria cuyo espectáculo constante encendió en los anarquistas de Chicago tal ansia de remediarlos, que les embotó el juicio.

Avergonzados los unos y temerosos de la venganza bárbara los otros, acudieron, ya cuando el carpintero ensamblaba las vigas del cadalso, a pedir merced al Gobernador del Estado, anciano flojo rendido a la súplica y a la lisonja de la casta rica que le pedía que, aun a riesgo de su vida salvara a la sociedad amenazada.

Tres voces nada más habían osado hasta entonces interceder, fuera de sus defensores de oficios y sus amigos naturales, por los que, so pretexto de una

acusación concreta que no llegó a probarse, so pretexto de haber procurado establecer el reino del terror, morían víctimas del terror social: Howels, el novelista bostoniano que al mostrarse generoso sacrificó fama y amigos; Adler, el pensador cauto y robusto que vislumbró en la pena de nuestro siglo el mundo nuevo; y Train, un monomaniaco que vive en la plaza pública dando pan a los pájaros y hablando con los niños.

Ya, en danza horrible, murieron dando vueltas en el aire, embutidos en sayones blancos.

Ya, sin que haya más fuego en las estufas, ni más pan en las despensas, ni más justicia en el reparto social ni más salvaguardia contra el hambre de los útiles, ni más luz y esperanza para los tugurios, ni más bálsamo para todo lo que hierve y padece, pusieron en un ataúd de nogal los pedazos mal juntos del que, creyendo dar sublime ejemplo de amor a los hombres aventó su vida, con el arma que creyó revelada para redimirlos. Esta República, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos.

Un drama terrible II

ANARQUIA Y REPRESION

Como gotas de sangre que se lleva la mar eran en los Estados Unidos las teorías revolucionarias del obrero europeo, mientras con ancha tierra y vida republicana, ganaba aquí el recién llegado el pan, y en su casa propia ponía de lado una parte para la vejez.

Pero vinieron luego la guerra corruptora, el hábito de autoridad y dominio que es su dejo amargo, el crédito que estimuló la creación de fortunas colosales y la inmigración desordenada, y la holganza de los desocupados de la guerra, dispuestos siempre, para sostener su bienestar y por la afición fatal del que ha olido sangre, a servir los intereses impuros que nacen de ella

De una apacible aldea pasmosa se convirtió la República en una Monarquía disimulada.

Los inmigrantes europeos denunciaron con renovada ira los males que creían haber dejado tras sí en su tiránica patria.

El rencor de los trabajadores del país, al verse víctimas de la avaricia y desigualdad de los pueblos feudales, estalló con más fe en la libertad que esperan ver triunfar en lo social como triunfa en lo político.

Habitados los del país a vencer sin sangre por la fuerza del voto, ni entienden ni excusan a los que, nacidos en pueblos donde el sufragio es un instrumento de la tiranía, sólo ven en su obra despa-ciosa una faz nueva del abuso que flagelan sus pensadores, desafían sus héroes y maldicen sus poetas. Pero, aunque las diferencias esenciales en las prácticas políticas y el desacuerdo y rivalidad de las razas que ya se disputan la supremacía en esta parte del continente estorbaban la composición inmediata de un formidable partido obrero con unánimes métodos y fines, la identidad del dólar aceleró la acción concertada de todos los que lo padecen, y ha sido necesario un acto horrendo, por más que fuese consecuencia natural de las pasiones encendidas, para que los que arrancan con invencible ímpetu de la misma desventura interrumpen su labor, de desarraigar y recomponer mientras quedan por sur ineficacia condenados los recursos sangrientos de que por un amor insensato a la justicia echan mano los que han perdido la fe en la libertad.

En el Oeste, recién nacido, donde no pone tanta traba a los elementos nuevos la influencia imperante de una sociedad antigua, como la del Este, reflejada en la literatura y en sus hábitos; donde la vida como más rudimentaria facilita el trato íntimo entre los hombres, más fatigados y dispersos en las ciudades de mayor extensión y cultura; donde la misma rapidez asombrosa del crecimiento, acumulando los palacios de una parte y los factorías, y de otra la miserable muchedumbre, revela a las claras la iniquidad del sistema que castiga al más laborioso con el hambre, al más generoso con la persecución, al padre útil con la miseria de sus hijos, —en el Oeste,

donde se juntan con su mujer y su prole los obreros necesitados a leer los libros que enseñan las causas y proponen los remedios de su desdicha; donde justificados a sus propios ojos por el éxito de sus fábricas majestuosas, extreman los dueños, en el precipicio de la prosperidad los métodos injustos y el trato áspero con que la sustentan; donde tiene en fermento a la masa obrera la levadura alemana, que sale del país imperial, acosada e inteligente, vomitando sobre la patria incua las tres maldiciones terribles de Heine; en el Oeste y en su metrópoli Chicago sobre todo, hallaron expresión viva los descontentos de la masa obrera, los consejos ardientes de sus amigos, y la rabia amontonada por el descanso e inclemencia de sus señores.

Y como todo tiende a la vez a lo grande y a lo pequeño, tal como el agua, que va de mar a vapor y de vapor a mar, el problema humano, condensado en Chicago por la merced de las instituciones libres, a la vez que infundía miedo o esperanza por la República y el mundo, se convertía, en virtud de los sucesos de la ciudad y las pasiones de sus hombres, en problema local, agrio y colérico.

El odio a la injusticia se trocaba en odio a sus representantes.

La furia secular, caída por herencia, mordiendo y consumiendo como la lava, en hombre que, por lo fervido de su compasión, veíanse como entidades sacras, se concentró, estimulada por los resentimientos individuales, sobre los que insistían en los abusos que la provocan. La mente, puesta a obrar, no cesa; el dolor, puesto a bullir, estalla; la palabra, puesta a agitar, se desordena; la vanidad, puesta a lucir, arrastra; la esperanza, puesta en acción, acaba en el triunfo o la catástrofe: «¡Para el revolucionario, dijo St. Just, no hay más descanso que la tumba!»

¿Quién que anda con ideas no sabe que la armonía de todas ellas, en que el amor preside a la pasión, se revela apenas a las mentes sumas que ven hervir el mundo sentados, con la mano sobre el sol, en la cumbre del tiempo? ¿Quién que trata con hombres no sabe que, siendo en ellos más la carne que la luz, apenas conocen lo que palpan, apenas vislumbran la superficie, apenas ven más que lo

que les lastima o lo que desean; apenas conciben más que el viento que les da en el rostro, o el recurso aparente, y no siempre real, que puede levantar obstáculo al que cierra el paso a su odio, soberbia o apetito?

¿Quién que sufre de los males humanos, por muy enfrenada que tenga su razón no siente que se le inflama y estravía cuando ve de cerca, como si le abofeteasen, como si lo cubriesen de lodo como si le manchasen de sangre las manos, una de esas miserias sociales que bien pueden mantener en estado de constante locura a los que ven podrirse en ellas a sus hijos y a sus mujeres?

Una vez reconocido el mal, el ánimo generoso sale a buscarle remedio: una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga viva, acude al remedio violento.

¿No lo decía Desmoulins?: "Con tal de abrazar la libertad, ¿qué importa que sea sobre montones de cadáveres?"

Cegados por la generosidad, ofuscados por la vanidad, ebrios por la popularidad, alimentados por la constante ofensa, por su impotencia aparente en las luchas del sufragio, por la esperanza de poder constituir en una comarca naciente su pueblo ideal, las cabezas vivas de esta masa colérica, educadas en tierras donde el voto apenas nace, no se salen de lo presente, no osan parecer débiles ante los que les siguen, no ven que el único obstáculo en este pueblo libre para un cambio social sinceramente deseado, no creen, cansados ya de sufrir y con la visión del falansterio universal en la mente, que por la paz pueda llegarse jamás en el mundo a hacer triunfar la justicia.

Júzganse como bestias acorraladas. Todo lo que va creciendo les parece que crece contra ellos. "Mi hija trabaja 15 horas para ganar 15 centavos". "No he tenido trabajo este invierno porque pertenezco a una junta de obreros".

El juez lo sentencia.

La policía con el orgullo de la levita de paño y la autoridad, temible en el hombre inculto, los aporrea y asesina.

Tienen frío y hambre, viven en casas hediondas.

¡América, es pues, lo mismo que Europa.

No comprenden que ellos son mera rueda del engranaje social y hay que cambiar, para que ellas cambien, todo el engranaje. El jabalí perseguido no oye la música del aire alegre, ni el canto del universo, ni el andar grandioso de la fábrica cósmica: el jabalí clava las ancas contra un tronco oscuro, hunde el colmillo en el vientre de su perseguidor, y le vuelca el redaño.

¿Dónde hallará esa masa fatigada, que sufre cada día dolores crecientes, aquél divino estado de grandeza a que necesita ascender el pensador para domar la ira que la miseria innecesaria levanta? Todos los recursos que conciben, ya los han intentado. Es aquel reinado de terror que Carlyle pinta, "la negra y desesperada batalla de los hombres contra su condición y todo lo que los rodea".

Y así como la vida del hombre se concentra en la médula espinal y la de la tierra en las masas volcánicas, surgen de entre esas muchedumbres, erguidos y vomitando fuegos, seres en quienes parece haberse amasado todo su horror, sus desesperaciones y sus lágrimas.

Del infierno vienen: ¿Qué lengua han de hablar sino la del infierno?

Sus discursos, aún leídos, despiden centellas, bocanadas de humo, alimentos a medio digerir, vahos rojizos.

Este mundo es horrible: ¡Créese otro mundo! como en el Sinaí, entre terrenos: como en el noventa y tres, de un mar de sangre: ¡Mejor es hacer volar a diez hombres con dinamita, que matar a diez hombres, como en las fábricas, lentamente de hambre!".

Se vuelve a oír el decreto de Montezuma: "¡Los Dioses tienen sed!".

Un drama terrible III

EL CONFLITO Y SUS HOMBRES

Un joven bello, que se hace retratar con las nubes detrás de la cabeza y el sol sobre el rostro, se sienta en una mesa de escribir, rodeado de bombas, cruza las piernas, enciende un cigarro, y como quien junta las piezas de madera de una casa de juguete, explica el mundo justo que florecerá sobre la tierra cuando el estam-pido de la revolución social de Chicago, símbolo de la opresión del universo, reviente en átomos.

Pero todo era verbo, juntas por los rincones, ejercicios de armas en uno que otro sótano, circulación de tres periódicos rivales entre los mil lectores desesperados, y propaganda de los modos novísimos de matar —¿de qué son más culpables los que por vanagloria de libertad la permitían que los que por violenta generosidad la ejercitaban!

Donde los obreros enseñaron más la voluntad de mejorar su fortuna, más se ensañó por los que la emplean en la decisión de resistirles.

Cree el obrero tener derecho a cierto seguridad para lo parvenir, a cierta holgura y limpieza para su casa, a alimentar sin ansiedad los hijos que engendra, a una parte más equitativa en los productos del trabajo de que es factor indispensable, alguna hora de sol en que ayudar a su mujer a sembrar un rosál en el patio de la casa, a algún rincón para vivir que no sea un tugurio fétido donde, como en las ciudades de Nueva York, no se puede entrar sin bascas. Y cada vez que en alguna forma esto pedían en Chicago los obreros, combinábanse los capitalistas, castigábanlos negándoles el trabajo que para ellos es la carne, el fuego y la luz; echábanle encima la policía, ganosa siempre de cebar sus porras en cabezas de gente mal vestido; mataba la policía a veces a algún osado que les resistía con piedras, o a algún niño; reducíanlos —al fin por hambre— a volver a su trabajo, con el alma torva, con la miseria enconada, con el decoro ofendido, rumiando venganza.

Escuchados sólo por sus escasos sectarios, año sobre año venían reuniéndose los anarquistas, organizados en grupos, en cada uno de los cuales había una sección armada. En sus tres periódicos, de diverso matiz, abogaban públicamente por la revolución social; declaraban, en nombre de la humanidad, la guerra a la sociedad existente; decidían la ineficacia de procurar una conversión radical por medios pacíficos, y recomendaban el uso de la dinamita, como el arma santa del desheredado, y los modos de prepararla.

No en sombra traidora, sino a la faz de los que consideraban sus enemigos se proclamaban libres y rebeldes para emancipar al hombre, se reconocían en estado de guerra, bendecían el descubrimiento de una substancia que por su poder singular había de igualar fuerzas y ahorrar sangre, y excitaban al estudio y la fabricación del arma nueva, con el mismo frío horror y diabólica calma de un tratado común de balística: se ven círculos de color

de hueso, —cuando se leen estas enseñanzas—, en un mar de humareda: por la habitación, llena de sombra, se entra un duende, roe una costilla humana, y se afila las uñas: para medir todo lo profundo de la desesperación del hombre, es necesario ver si el espanto que suele en calma preparar, supera a aquél contra el que, con furor de siglos se levanta indignado, —es necesario vivir desterrado de la patria o de la humanidad.

Los domingos, el americano Parsons, propuesto una vez por sus amigos socialistas para la Presidencia de la República, creyendo en la humanidad como en su único Dios, reunió a sus sectarios para levantarles el alma hasta el valor necesario a su defensa. Hablaba a saltos, a latigazos, a cuchilladas: lo llevaba lejos de sí la palabra encendida.

Su mujer, la apasionada mestiza en cuyo corazón caen como puñales los dolores de la gente obrera, solía después de él romper en arrebatado discurso, tal que dicen que con tanta elocuencia, burda y llameante, no se pintó jamás el tormento de las clases abatidas; rayos los ojos, metralla las palabras, cerrados los dos puños, y luego, hablando de las penas de una madre pobre, tonos dulcísimos e hilos de lágrimas.

Spies, el director del «Arbeiter Zeitung», escribía como desde la cámara de la muerte, con cierto frío de huesa: razonaba la anarquía: la pintada como la entrada a la vida verdaderamente libre: durante siete años explicó sus fundamentos en su periódico diario, y luego la necesidad de la revolución, y por fin como Parson en el «Alarm», el modo de organizarse para hacerla triunfar.

Leerlo es como poner el pie en el vacío. ¿Que le pasa al mundo que da vueltas?

Spies seguía sereno, donde la razón más firme siente que le falta el pie. Recorta su estilo como si descascarase un diamante. Narciso fúnebre, se asombra y complace de su grandeza. Mañana le dará su vida una pobre niña, una niña que se prende a la reja de su calabozo como la mártir cristiana se prendía a la cruz, y él apenas dejará caer de sus labios las palabras frías, recordando que Jesús, ocupado en redimir a los hombres no amó a Magdalena.

Cuando Spies arengaba a los obreros, desembarazándose de la levita que llevaba bien, no era hombre lo que hablaba, sino silba de tempestad, lejano y lúgubre. Era palabra sin carne. Tendía

el cuerpo hacia sus oyentes, como un árbol doblado por el huracán: y parecía de veras que un viento helado salía de entre las ramas, y pasaba por sobre las cabezas de los hombres

Metía la mano en aquellos pechos revueltos y vellosos, y les paseaba por ante los ojos les exprimía, les daba a oler las propias entrañas. Cuando la policía acababa de dar muerte a un huelguista en una refriega, lívido subía al carro, la tribuna vacilante de las revoluciones, y con el horrendo incentivo su palabra seca relucía pronto y caldeaba, como un carcaj de fuego. Se iba luego sólo por las calles sombrías.

Engel, celoso de Spies, pujaba por tener el anarquismo en pie de guerra, él a la cabeza de una compañía: él donde se enseñaba a cargar el rifle o a apuntar de modo que diera en el corazón: él, en el sótano, las noches de ejercicio. «para cuando llegue la gran hora»: él, con su «Anarchist» y sus conversaciones, acusando a Spies de tibio, por envidia de su pensamiento: él solo era el puro, el immaculado, el digno de ser oído: la anarquía, la que sin más espera deje a los hombre dueños de todo por igual, es la única buena: perinola el mundo y él,— el mango: ¡bien iría el mundo hacia arriba, «cuando los trabajadores tuvieran vergüenza», como la pelota de la perinola!

El iba de un grupo a otro: él asistía al comité general anarquista, compuesta de delegados de los grupos: él tachaba al comité de pusilánime y traidor, porque no decretaba "con los que somos nada más, con estos ochenta que somos" la revolución de veras, la que quería Parsons, la que llama a la dinamita "substancia sublime", la que dice a los obreros que "vayan a tomar lo que les haga falta a las tiendas de State Street, que son suyas las tiendas, que todo es suyo": él es miembro de "Lehr und Wehr Verein", de que Spies es también miembro, desde que un ataque brutal de la policía, que dejó en tierras a muchos trabajadores, los provocó a armarse, a armarse para defenderse, a cambiar, como hacen cambiar siempre los ataques brutales, la idea del periódico por el rifle Springfield. Engel era el sol, como su propio rechoncho cuerpo: el "grand rebelde", el "autónomo".

¿Y Lingg? No consumía su viril hermosura en los amorzuelos enervantes que suelen dejar sin jugo al hombre en los años gloriosos de la juventud, sino que criado en una ciudad alemana entre el padre inválido y la madre hambrianta, conoció la vida por donde es justo que un alma generosa la odie. Cargador era su padre, y su madre lavandera, y él bello como Tannhauser o Lohengrin, cuerpo de plata, ojos de amor, cabello opulento, ensortijado y castaño. ¿A qué su belleza, siendo horrible el mundo? Halló su propia historia en la de la clase obrera, y el bozo la nació aprendiendo a hacer bombas. ¡Puesto que la infamia llega al riñón del globo, el estallido ha de llegar al cielo!

Acababa de llegar de Alemania: veintidós años cumplía: lo que en los demás es palabra, en él será acción: él, él sólo, fabricaba bombas, porque, salvo en los hombres de ciega energía, el hombre, ser fun-

dador, sólo para librarse de ella halla natural dar la muerte.

Y miembros Schwab, nutrido en la lectura de los poetas, ayuda a escribir a Spies, mientras Fielden, de bella oratoria, va de pueblo en pueblo levantando las almas al conocimiento de la reforma venidera, mientras Fischer alienta y Neebe organiza, él en un cuarto escondido, con cuatro compañeros de los que uno lo ha de traicionar, fabrica bombas, como en su "ciencia de la guerra revolucionaria" manda a Most, y vendada la boca, como aconseja Spies en el "Alarm" rellena la esfera mortal de dinamita, cubre el orificio con un casquillo, por cuyo centro corre la mecha que en lo interior acaba fulminante, y, cruzado de brazos, aguarda la hora.

Y así iban en Chicago adelantando las fuerzas anárquicas, con tal entidad, envidias y desorden intestinos, con tal diversidad de pensamientos sobre la hora oportuna para la rebelión armada, con tal escasez de sus espantables recursos de guerra, y de los fieros artifices prontos a elaborarlos, que el único poder cierto de la anarquía, desmelenada dueña de unos cuantos corazones encendidos, era el furor que en un instante extremo produjese el desdén social en las masas que la rechazan. El obrero que es hombre y aspira, resiste, con la sabiduría de la naturaleza, la idea de un mundo donde queda aniquilado el hombre; pero cuando, fusilado en granel por pedir una hora libre para ver a la luz del sol a sus hijos, se levanta del charco mortal apartándose de la frente, como dos cortinas rojas, las crenchas de sangre, puede el sueño de muerte de un trágico grupo de locos de piedad, desplegando las alas humeantes, revolando sobre la turba siniestra, con el cadáver clamoroso en las manos, difundiendo sobre los torvos corazones la claridad de la aurora infernal, envolver como turbia humareda las almas desesperadas.

La ley, ¿no los amparaba? La prensa exasperándolos con su odio en vez de aquietarlos con justicia, ¿no los popularizaba? Sus periódicos, creciendo en indignación con el desdén y en atrevimiento con la impunidad, ¿no circulaban, sin obstáculos? ¿Pues qué punidad, ¿no circulaban, sin obstáculos? ¿Pues qué querían ellos, puesto que es claro a sus ojos que se vive bajo abyecto despotismo, que cumplir el deber que aconseja la declaración de independencia derribándolo, y sustituirlo con una asociación libre de comunidades que cambien entre sí sus productos equivalentes, se rijan sin guerra por acuerdos mutuos y se eduquen conforme a ciencia sin distinción de raza, iglesia o sexo? ¿No se estaba levantando la nación, como manada de elefantes que dormía en la yerba, con sus mismos dolores y sus mismos gritos? ¿No es la amenaza verosímil del recurso de fuerza, medio probable aunque peligroso, de obtener por intimidación lo que no logra el derecho? ¿Y aquellas ideas suyas, que se iban atenuando con la cordialidad de los privilegiados tal como con su desafío se iban trocando en rifle y dinamita, no nacían de los más puro de su piedad, exaltada hasta la insensatez por el espectáculo de la miseria irremediable, y ungida, por la esperanza de tiempos justos y sublimes? ¿No había

sido Parsons, el evangelista del jubileo universal, propuesto para la Presidencia de la República? ¿No había luchado Spies con ese programa en las elecciones como candidato a un asiento en el Congreso? ¿No les solicitaban los partidos políticos sus votos, con la oferta de respetar la propaganda de sus doctrinas? ¿Cómo habían de creer criminales los actos y palabras que les permitía la ley? Y, no fueron las fiestas de sangre de la policía, ebria del vino del verdugo como toda plebe revestida de autoridad las que decidieron a armarse a los más bravos?

Lingg, el recién llegado, odiaba con la terquedad del novicio, a Spies, el hombre de idea, irresoluto y moroso; Spies, el filósofo del sistema, lo dominaba por aquel mismo entendimiento superior; pero aquel arte y grandeza que aún en las obras de destrucción requiere la cultura, excitaban la ojeriza del grupo exiguo de irreconciliables, que en Engel enamorado de Lingg, veían su jefe propio; Engel, contento de verse en guerra con el universo, medía su valor por su adversario.

Parsons, celoso de Engel que le emula en pasión, se une a Spies, como el héroe de la palabra y amigo de las letras, Fielden, viendo subir en su ciudad de Londres la cólera popular, creía, prendado de la patria cuyo egoísta amor prohíbe su sistema, ayudar con el fomento de la anarquía en América el triunfo difícil de los ingleses desheredados, Engel —"ha llegado la hora". Spies: "¿habrá llegado esta terrible hora?". Lingg, revolviendo con una púa de madera, arcilla y nitroglicerina: "¡ya verán, cuando yo acabe mis bombas, si ha llegado la hora". Fielden, que ve levantarse, confusa y temible de un mar a otro de los Estados Unidos, la casta obrera, determinada a pedir como prueba de su poder que el trabajo se reduzca a ocho horas diarias, recorre los grupos, unidos sólo hasta entonces en el odio a la opresión industrial y a la policía que les da caza y muerte, y repite: —"sí, amigos, si no nos dejan ver a nuestros hijos al sol, ha llegado la hora".

UN DRAMA TERRIBLE

XI ESCENA EXTRAORDINARIA

Entonces vino la primavera amiga de los pobres; y sin el miedo del frío, con la fuerza que da la luz, con la esperanza de cubrir con los ahorros del invierno las primeras hambres decidió un millón de obreros, repartidos por toda la República, demandar a las fábricas que, en cumplimiento de la ley desobedecida, no excediese el trabajo de las ocho horas legales. ¿Quién quiera saber si lo que pedían era justo, venga aquí; véalos volver, como bueyes tendidos, a sus moradas inmundas, ya negra la noche; véalos venir de sus tugurios distantes, tiritando los hombres, despeinados y lívidas las mujeres, cuando aún no ha cesado de reposar el mismo sol!

En Chicago, adolorido y colérico, segura de la resistencia que provocaba con sus alardes, alistaba el fusil de motín la policía, y, no con la calma de la ley, sino con la prisa del aborrecimiento, convidaba a los obreros a duelo.

Los obreros, decididos a ayudar por el recurso legal de la huelga su derecho, volvían la espalda a los oradores lúgubres del anarquismo y a los que magullados por la porra o atravesados por la bala policial, resolvieron, con la mano sobre sus heridas, oponer en el próximo ataque hiezo a hierro.

Llegó a Marzo Las fábricas, como quien echa perros sarnosos a la calle, echaron a los obreros que fueron a presentarles su demanda. En masa, como la orden de los Caballeros del Trabajo lo dispuso, abandonaron los obreros las fábricas. El cerdo se podría sin envasadores que lo amortajaran, mugían desatendidos en los corrales los ganados revueltos; mudos se levantaban, en el silencio terrible, los elevadores

de granos que como hilera de gigantes vigilan el río. Pero en aquella sorda calma, como el oriflama triunfante del poder industrial que vence al fin en todas las contiendas salía de las segadoras de Mc Carmick, ocupadas por obreros a quienes la miseria fuerza a servir de instrumentos contra sus hermanos, un hilo de humo que como negra serpiente se tendía, se enroscaba, se acurrucaba sobre el cielo azul.

A los días de cólera, se fué llenando una tarde nublada el Camino Negro, que así se llama el de Mc Cormick, de obreros airados que subían calle arriba, con la levita al hombro, enseñando el puño cerrado al hilo de humo: ¿no va siempre el hombre, por misterioso decreto, adonde lo espera el peligro, y parece gozarse en escarbar su propia miseria?: "¡allí estaba la fábrica insolente, empleando, para reducir a los obreros que luchan contra el hambre y el frío a las mismas víctimas desesperadas del hambre!:

¿no se va a acabar, pues, este combate por el pan y el carbón en que por la fuerza del mal mismo se levantan contra el obrero sus propios hermanos? ¿pues no es ésta la batalla del mundo, en que los que lo edifican deben triunfar sobre los que lo explotan?: "de veras, queremos ver de qué lado llevan la cara esos traidores!" Y hasta ocho mil fueron llegando, ya al caer de la tarde; sentándose en grupos sobre las rocas peladas; andando en hileras por el camino tortuoso; apuntando con ira a las casuchas míseras que se destacan, como manchas de lepra, en el áspero paisaje.

Los oradores, que hablan sobre las rocas, sacuden con sus invectivas aquel concurso en que los ojos centellean y se ven temblar las barbas. El orador es un carrero, un fundidor, un albañil: el humo de Mc Cormick caracolea sobre el molino: ya se acerca la hora de salida: "¡a ver qué cara nos ponen esos traidores!": "fuera, fuera ese que habla, que es un socialista!..."

Y el que habla, levantando como con las propias manos los dolores más recónditos de aquellos corazones iracundos, excitando a aquellos ansiosos padres a resistir hasta vencer, aunque los hijos les pidan pan en vano, por el bien duradero de los hijos, el que habla es Spies; primero lo abandonan, después lo rodean, después se miran, se reconocen en aquella implacable pintura, lo aprueban y aclaman: "Ese, que sabe hablar, para que hable en nuestro nombre con las fábricas." Pero ya los obreros han oído las campanas de la suelta en el molino: ¿qué importa lo que está diciendo Spies?: arrancan todas las piedras del camino, corren sobre la fábrica, y caen en trizas todos los cristales! ¡Por tierra, al ímpetu de la muchedumbre, el policía que le sale al paso!: "¡aquéllos, aquéllos son, blancos como muertos, los que por el

salario de un día ayudan a oprimir a sus hermanos!" ¡piedras! Los obreros del molino, en la torre, donde se juntan medrosos, parecen fantasmas vomitando fuego viene camino arriba, bajo pedrea rabiosa, un carro de patrulla de la policía, uno al estribo vaciando el revólver, otro al pescante, los de adentro agachados se abren paso a balazos en la turba, que los caballos arrollan y atropellan: saltan del carro, fórmanse en batalla, y cargan a tiros sobre la muchedumbre que a pedradas y disparos locos se defiende. Cuando la turba acorralada por las patrullas que de toda la ciudad acuden, se asila, para no dormir en sus barrios, donde las mujeres compiten en ira con los hombres, a escondidas, a fin de que no triunfe nuevamente su enemigo, entierran los obreros seis cadáveres.

¿No se ve hervir todos aquellos pechos?; juntarse a los anarquistas, ¡escribir Spies un relato ardiente en su "Arbeiter Zeitung"!; reclamar Engel la declaración de que aquella es por fin la hora?; poner Lingg, que meses atrás fué aporreado en la cabeza por la patrulla, las bombas cargadas en un baúl de cuero?; acumularse, con el ataque ciego de la policía, el odio que su brutalidad ha venido levantando?; "¡A las armas, trabajadores! dice Spies en una circular fogosa que todos leen estremeciéndose: "¡a las armas, contra los que os matan porque ejercitáis vuestros derechos de hombre!". "Mañana nos reuniremos", —acuerdan los anarquistas—, "y de manera y en lugar que les cueste caro vencernos si nos atacan!". "Spies, pon *Ruhe* en tu *Arbeiter*: Ruhe quiere decir que todos deben ir armados". Y de la imprenta del "Arbeiter" salió la circular que invitaba a los obreros, con permiso del corregidor, para reunirse en la plaza de Haymarket a protestar contra los asesinatos de la policía.

EL CHOQUE

Se reunieron en número de cincuenta mil, con sus mujeres y sus hijos, a oír a los que les ofrecían dar voz a su dolor; pero no estaba la tribuna, como otras veces, en lo abierto de la plaza, sino en uno de sus recodos, por donde daba a dos oscuras callejas. Spies, que había borrado del convite impreso las palabras: "Trabajadores a las armas", habló de la injuria con cáustica elecuencia, más no de modo que sus oyentes perdieran el sentido, sino tratando con singular moderación de fortalecer sus ánimos para las reformas necesarias: "¿Es ésto Alemania, o Rusia, o España?" decía Spies. Parsons, en los instantes mismos en que el corregidor presenciaba la junta sin interrumpirla,

declamó, sujeto por la ocasión grave y lo vasto del concurso, uno de sus editoriales cien veces impunemente publicados Y en el instante en que Fielden preguntaba en bravo arranque si, puestos a morir, no era lo mismo acabar en un trabajo bestial o caer defendiéndose contra el enemigo, —nótase que la multitud se arremolina: que la policía, con fuerza de ciento ochenta, viene revólver en mano, calle arriba. Llega a la tribuna, intima la dispersión; no cejan pronto los trabajadores; "¿qué hemos hecho contra la paz?" dice Fielden saltando del carro; rompe la policía el fuego.

Y entonces se vió descender sobre sus cabezas, ca-

racoleando por el aire, un hilo rojo Tiembla la tierra; húndese el proyectil cuatro pies en su seno; caen rugiendo, unos sobre otros, los soldados de las dos primeras líneas; los gritos de un moribundo desgarran el aire. Respuesta la policía, con valor sobrehumano, saltó por sobre sus compañeros a bala graneada contra los trabajadores que le resisten; "¡huímos sin disparar un tiro!" dicen unos; "apenas intentamos resistir", dicen otros; "nos recibieron a fuego raso", dice la policía. Y pocos instantes después no había en el recodo funesto más que camillas, pólvora y humo. Por zaguanes y sótanos escondían otra vez los obreros a sus muertos. De los policías uno muere en la plaza: otro, que lleva la mano entera metida en la herida, la saca para mandar a su mujer su último aliento; otro, que sigue a pié, va agujereado de pies a cabeza; y los pedazos de la bomba de dinamita, al rozar la carne, la habían rebanado como un cincel.

¿Pintar el terror de Chicago, y de la República? Spies les parece Robespierre; Engel, Marat, Parsons, Danton. ¿Qué? ¡menos!; esos son bestias, feroces Tin-tilles, Henriots, Chaumettes, ¡los que quieren vaciar el viejo mundo por un caño de sangre, los que quieren abonar con carne viva al mundo! ¡A lazo cácese-les por las calles, como ellos quisieron cazar ayer a un policía! ¡salúdeseles a balazos por donde quiera que asomen, como sus mujeres saludaban ayer a los "traidores" con huevos podridos! ¿No dicen, aunque es falso, que tienen los sótanos llenos de bombas?

No dicen, aunque es falso también, que sus mujeres, furias verdaderas, derriten el plomo, como aquéllas de París que arañaban la pared para dar cal con que hacer pólvora a sus maridos: ¡Quememos este gusano que nos come! ¡Ahí están, como en los motines del terror, asaltando la tienda de un boticario que denunció a la policía el lugar de sus juntas, machacando sus frascos, muriendo en la calle como perros, envenenados con el vino de colchydium. ¡Abajo la cabeza de cuantos la hayan ásomado! ¡A la horca las lenguas y los pensamientos! Spies Schwab y Fischer caen presos en la imprenta, donde la policía halla una carta de Johann Most, carta de sapo, rastre-rra y babosa, en que trata a Spies como íntimo amigo, y le habla de las bombas, de "la medicina", y de un rival suyo, de Paulus el Grande, "que anda que se lame por los pantanos de ese perro periódico de Shevitch". A Fielden, herido, lo sacan de su casa. A Engel y a Neebe, de su casa también. Y a Lingg, de su cueva: ve entrar al policía; le pone al pecho un revólver, el policía lo abraza; y él y Lingg, que jura y maldice, ruedan luchando, levantándose, cayendo en el zaquizamí lleno de tuercas, escoplos y bombas: las mesas quedan sin pie, las sillas sin espaldar; Lingg casi tiene ahogado a su adversario, cuando cae sobre él otro policía que lo ahoga: ¡ni inglés habla siquiera este mancebo que quiere desventrar la ley inglesa! Trescientos presos en un día. Está espantado el país, repletas las cárceles.

EL PROCESO

¿El proceso? Todo lo que va dicho, se pudo probar; pero no que los ocho anarquistas, acusados del asesinato del policía Degan, hubiesen preparado, ni encubierto siquiera, una conspiración que rematase en su muerte. Los testigos fueron los policías mismos, y cuatro anarquistas comprados, uno de ellos confeso de perjurio. Lingg mismo, cuyas bombas eran semejantes, como se vió por el casquete, a la de Haymarket, estaba, según el proceso, lejos de la catástrofe. Parsons, contento de su discurso, contemplaba la multitud desde una casa vecina. El perjurio fué quien dijo, y desdijo luego, que vió a Spies encender el fósforo con que se prendió la mecha de la bomba. Que Lingg carga otro hasta un rincón cercano a la plaza el baúl de cuero. Que la noche de los seis muertos del molino acordaron los anarquistas, a petición de Engel, armarse para resistir nuevos ataques, y publicar en el "Arbeiter" la palabra "Ruhe" Que Spies estuvo un instante en el lugar donde se tomó el acuerdo. Que en su despacho había bombas, y en una u otra casa rimeros de "manuales de guerra revolucionaria". Lo que sí se probó con prueba plena, fué que, según todos los testigos adversos, el que arrojó la bomba era un desconocido. Lo que sí sucedió fué que Parsons, hermano amado de un noble general del Sur, se presentase un día espontáneamente en el tribunal a compartir la suerte de sus compañeros. Lo

que sí estremece es la desdicha de la leal Nina van Zandt, que prendada de la arrogante hermosura y dogma humanitario de Spies, se le ofreció de esposa en el dintel de la muerte, y de mano de su madre, de distinguida familia, casó en la persona de su hermano con el preso; llevó a su reja día sobre día el consuelo de su amor, libros y flores; publicó con sus ahorros, para allegar recursos a la defensa, la autobiografía soberbia y breve de su desposado; y se fué a echar de rodillas a los pies del gobernador. Lo que sí pasma es la tempestuosa elocuencia de la mestiza Lucy Parsons, que paseó los Estados Unidos, aquí rechazada, allí silbada, allá presa, hoy seguida de obreros llorosos, mañana de campesinos que la echan como a bruja, después de catervas crueles de chicuelos para "pintar al mundo el horror de la condición de castas infelices, mayor mil veces que el de los medios propuestos para terminarlos". ¿El proceso? Los siete fueron condenados a muerte en la horca, y Neebe a la penitenciaría, en virtud de un cargo especial de conspiración de homicidio de ningún modo probado, por explicar en la prensa y en la tribuna las doctrinas cuya propaganda les permitía la ley; y han sido castigadas en Nueva York, en un caso de excitación directa a la rebeldía, ¡con doce meses de cárcel y doscientos cincuenta pesos

de multa!

¿Quién que castiga crímenes, aún probados, no tiene en cuenta las circunstancias que los precipitan, las pasiones que los atenúan, y el móvil con que se cometen? Los pueblos, como los médicos, han de preferir prever la enfermedad, o curarla en sus raíces, a dejar que florezcan en toda pujanza, para combatir el mal desenvuelto por su propia culpa, con medios sangrientos y desesperados.

Pero no han de morir los siete. El año pasa. La Suprema Corte, en dictamen indigno del asunto, confirma la sentencia de muerte. ¿Qué sucede entonces, sea remordimiento o miedo, que Chicago pide clemencia con el mismo ardor con que pidió antes castigo: que los gremios obreros de la República envían al fin a Chicago sus representantes para que intercedan por los culpables de haber amado la causa obrera con exceso; que iguala el clamor de odio de la nación al impulso de piedad de los asistieron, desde la crueldad que lo provocó al crimen?

La prensa entera, de San Francisco a Nueva York, falseando el proceso, pinta a los siete condenados como bestias dañinas, pone todas las mañanas sobre la mesa de almorzar, la imagen de los policías despedazados por la bomba; describe sus hogares desiertos, sus niños rubios como el oro, sus desoladas viudas. ¿Qué hace ese viejo gobernador, que no confirma de sentencia? ¿Quién nos defenderá mañana, cuando se alce el monstruo obrero, si la policía ve que el perdón de sus enemigos los anima a reincidir en el crimen! ¿Qué ingratitud para con la policía, no matar a esos hombres?" "¡No!" grita un jefe de la policía, a Nina van Zandt, que va con su madre a pedirle una firma de clemencia sin poder hablar del llanto. ¡Y ni una mano recoge de la pobre criatura el memorial que uno por uno, mortalmente pálida, les va presentando!

¿Será vana la súplica de Félix Adler, la recomendación de los jueces del Estado, el alegato magistral en que demuestra la torpeza y crueldad de la causa Trumbull? La cárcel es jubileo: de la ciudad salen y entran repletos los trenes: Spies, Fielden y Schwab han firmado, a instancias de su abogado, una carta al gobernador donde aseguran no haber intentado nunca recursos de fuerza; los otros no; los otros escriben al gobernador cartas osadas: "¡o la libertad o la muerte, a la que no tenemos miedo!" ¿Se salvará ese cínico Spies, ese implacable Engel, ese diabólico Parsons? Fielden y Schwab acaso se salven, porque el proceso dice de ellos poco, y ancianos como son, el gobernador los compadece, que es también anciano.

En romería van los abogados de la defensa, los diputados de los gremios obreros, las madres, esposas y hermanas de los reos, a implorar por su vida, en recepción interrumpida por los sollozos, ante el gobernador. ¡Allí, en la hora real, se vió el vacío de la elocuencia retórica! ¡Frasas ante la muerte! "Señor, dice un obrero, condenarás a siete anarquistas a morir

porque un anarquista lanzó una bomba contra la policía, cuando los tribunales no han querido condenar a la policía de Pinkerton, porque uno de sus soldados mató sin provocación de un tiro a un niño obrero?" Sí: el gobernador los condenará; la República entera pide que los condene para ejemplo: ¿quién puso ayer en la celda de Ligg las cuatro bombas que descubrieron en ella los llaveros?: ¿de modo que esa alma feroz quiere morir sobre las ruínas de la cárcel, símbolo a sus ojos de la maldad del mundo? ¿a quién salvará por fin el gobernador Oglesby la vida?

¡No será a Lingg de cuya celda, sacudida por súbita explosión sale, como el vapor de un cigarro, un hilo de humo azul! Allí está Lingg tendido vivo, despedazado, la cara un charco de sangre, los dos ojos abiertos entre la masa roja: se puso entre los dientes una cápsula de dinamita que tenía oculta en el lujoso cabello, con la bujía encendió la mecha, y se llevó la cápsula a la barba: lo cargan brutalmente: lo dejan caer sobre el suelo del baño: cuando el agua ha barrido los coágulos por entre los girones de carne caída se le ve la laringe rota, y como las fuentes de un manantial, corren por entre los rizos de su cabellera vetas de sangre. ¡Y escribió! ¡Pidió que lo sentaran! ¡Y murió a las seis horas, cuando ya Fielden y Schwab estaban perdonados, cuando convencidas de la desventura de sus hombres, las mujeres sublimes, están llamando por última vez, no con flores y frutas, como en los días de la esperanza, sino pálidas como la ceniza, a aquellas bárbaras puertas!

¡La primera es la mujer de Fischer!: ¡la muerte se le conoce en los labios blancos!

Lo esperó sin llorar: pero ¿saldrá viva de aquél abrazo espantoso?: ¡así, así se desprende el alma del cuerpo! El la arrulla, la vierte miel en los oídos, la levanta contra el pecho, la besa en la boca, en el cuello, en la espalada: "¡Adiós!": la aleja de sí, y se va a paso firme, con la cabeza baja y los brazos cruzados. Y Engel, ¿cómo recibe la visita postrera de su hija? ¿no se querrán, que ni ella ni él quedan muertos? ¡oh, sí la quiere, porque tiemblan los que se llevaron del brazo a Engel al recordar, como de un hombre que crece de súbito entre sus ligaduras, la luz llorosa de su última mirada! "¡Adiós, mi hijo!", dice tendiéndole los brazos hacia él la madre de Spies, a quien sacan lejos del hijo ahogado, a rastras "¡Oh, Nina, Nina!", exclama Spies apretando a su pecho por primera y última vez a la viuda que no fué nunca esposa; y al borde de la muerte se la ve florecer, temblar como la flor, deshojarse como la flor, en la dicha terrible de aquel beso adorado.

No se la llama desmayada, no; sino que, conocedora por aquel instante de la fuerza de la vida y la belleza de la muerte, tal como Ofelia vuelta a la razón, cruza, jacinto vivo, por entre los alcaldes, que le tienden respetuosos la mano. Y a Lucy Parsons no la dejaron decir adiós a su marido, porque lo pedía, abrazada a sus hijos, con el calor y la furia de las llamas.

UN DRAMA TERRIBLE

VII



Los cinco companeros ahorcados

EL CADALSO

Y ya entrada la noche y todo obscuro en el corredor de la cárcel pintado de cal verdosa, por sobre el paso de los guardias con la escopeta al hombro, por sobre el voceo y risas de los carceleros y escritores mezclados de vez en cuando a un repique de llaves, por sobre el golpeo incesante del telégrafo que el "Sun" de Nueva York tenía en el mismo corredor establecido, y culebreaba, reñía, se desbocaba, imitando, como una dentadura de calavera, las inflexiones de la voz del hombre; por sobre el silencio que encima de todos estos ruidos se cernía, oíanse los últi-

mos martillazos del carpintero en el cadalso. Al fin del corredor se levantaba el cadalso. "¡Oh, las cuerdas son buenas: ya las probó el alcaide!". El verdugo hallará, escondido en la garita del fondo, de la cuerda que sujeta el pestillo de la trampa. "La trampa está firme, a unos diez pies del suelo". "No: los maderos de la horca no son nuevos: lo han repintado de que todo ha de hacerse decente, muy decente". "Si, ocre, para que parezcan bien en esta ocasión; por la milicia está a la mano: y a la cárcel no se dejará acercar a nadie". "¡De veras que Lingg era hermo-

so!". Risas, tabacos, brandy, humo que ahoga en sus celdas a los reos despiertos. En el aire espeso y húmedo chisporrotean, cocean, bloquean, las luces eléctricas. Inmóvil sobre la baranda de las celdas, mira al caldoso un gato... ¡cuando de pronto una melodiosa voz, llena de fuerza y sentido, la voz de uno de estos hombres a quienes se supone fieras humanas, trémula primero, vibrante en seguida, pura luego y serena, como quien ya se siente libre de polvo y ataduras, resonó en la celda de Engel, que, arrebatado por el éxtasis, recitaba "El Tejedor", de Henry Heine, como ofreciendo al cielo el espíritu, con los dos brazos en alto:

Al Dios que nos burló, guerra y venganza:

Con ojos secos, lúgubres y ardientes,

Rechinando los dientes,

Se sienta en su telar el tejedor:

¡Germania vieja, tue capuz zurcimos!

Très maldiciones en la tela urdimos;

¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso Dios que implora en vano

En invierno tirano

Muerto de hambre el jayán en su obrador:

¡En vano fué la queja y la esperanza!

Al Dios que nos burló, guerra y venganza:

¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso rey del poderoso

Cuyo pecho orgulloso

Nuestra angustia mortal no conmovió!

¡El último doblón nos arrebató,

Y como perros luego el rey nos mata!

¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso Estado en que florece,

Y como vedra crece

Vasto y sin tasa el público baldón;

Donde la tempestad la flor avienta

Y el gusano con podre se sustenta!

¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Corre, corre sin miedo, tela mía!

¡Corre bien noche y día

Tierra maldita, tierra sin honor!

Con mano firme tu capuz zurcimos:

Tres veces, tres, la maldición urdimos:

¡Adelante, adelante el tejedor!

Y rompiendo en sollazos, se dejó caer Engel sentado en su litera, hundiendo en las palmas el rostro envejecido. Muda lo había escuchado la cárcel entera, los unos como orando, los presos asomados a los barrotes, estremecidos, los escritores y los alcaides, suspenso el telégrafo, Spies a medio sentar. Parsons de pie en su celda, con los brazos abiertos, como quien va a emprender el vuelo.

El día sorprendió a Engel hablando entre sus guardas, con la palabra voluble del condenado a muerte, sobre lances curiosos de su vida de conspirador; a Spies, fortalecido por la largo sueño; a Fisher, vistiéndose sin prisa las ropas que se quitó al empezar la noche, para descansar mejor; a Parsons, cuyos labios se mueven sin cesar, saltando sobre sus ves-

tidos, después de un corto sueño histérico.

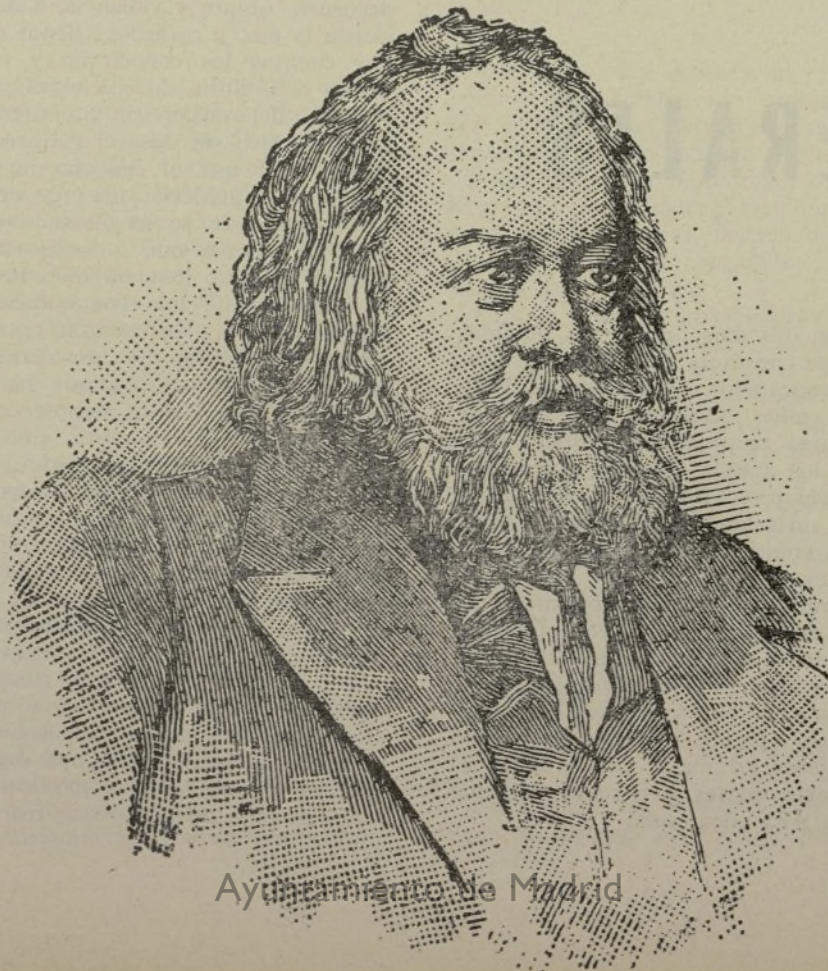
"¡Oh, Fisher, cómo puedes estar tan sereno, cuando el alcaide que ha de dar la señal de tu muerte, rojo por no llorar, pasea como una fiera la alcaidía". "Porque —responde Fisher clavando una mano sobre el brazo trémulo del guarda y mirándole de lleno en los ojos. —creo que mi muerte ayudará a la causa conque me desposé desde que comencé mi vida, y amo yo más que a mi vida misma, la causa del trabajador,— y porque mi sentencia es parcial, ilegal e injusta!" "¡Pero, Engel, ahora que son las ocho de la mañana, cuando ya sólo te faltan dos horas para morir, cuando en la bondad de las caras, en el afecto de los saludos, en los maullidos lúgubres del gato, en el rastreo de las voces, y los pies, están leyendo que la sangre se te hiela, cómo no tiembles Engel!". "¿Tremblar porque me han vencido aquellos a quienes hubiera querido yo vencer? Este mundo no me parece justo; y yo batallado, y batallo ahora con morir, para crear un mundo justo. ¿Qué me importa que mi muerte sea un asesinato judicial? ¿Cabe en un hombre que ha abrazado una causa tan gloriosa como la nuestra desear vivir cuando puede morir por ella? ¡No: alcaide, no quiero drogas: quiero vino de Oporto!" Y uno sobre otro se bebe tres vasos... Spies, con las piernas cruzadas, como cuando pintaba para el "Arbeiter Zeitung" el universo dichoso, color de llama y hueso, que sucedería a esta civilización de esbirros y nastines, escribe largas cartas, las lee con calma, las pone lentamente en sus sobres, y una y otra vez deja descansar las plumas, para echar al aire, reclinado en su silla, como los estudiantes alemanes, bocanadas y aros de humo: ¡oh, patria, raíz de la vida, que aún a los que te niegan por el amor más vasto a la humanidad, acudes y confortas, como aire y como luz, por mil medios sutiles! "Si, Alcaide, dice Spies, ¡beberé un vaso de vino del Rhin"... Fisher, Fisher alemán, cuando el silencio comenzó a ser angustioso, en aquel instante en que en las ejecuciones como en los banquetes callan a la vez, como ante solemne aparición, los concurrentes todos, prorrumpió iluminada la faz por venturosa sonrisa, en las estrofas de "La Marsellesa" que cantó con la cara vuelta al cielo... Parsons a grandes pasos mide el cuarto: tiene delante un auditorio enorme, un auditorio de ángeles que surgen resplandecientes de la bruma, y le ofrecen, para que como astro purificante cruce el mundo, la capa de fuego del profeta Elías: tiende las manos, como para recibir el don, vuélvese hacia la reja, como para enseñar a los matadores su triunfo: gesticula, argumenta, sacude el puño alzado, y la palabra alborotada al dar contra los labios se le extingue, como en la arena movediza se confunden y perecen las olas.

Llenaba de fuego el sol las celdas de tres de los reos, que rodeados de lóbregos muros parecían, como el bíblico, vivos en medio de las llamas, cuando

el ruido imprevisto, los pasos rápidos, el cuchicheo ominoso, el alcaide y los carceleros que aparecen a sus rejas, el colorde sangre que sin causa visible enciende la atmósfera, les anuncia, lo que oyen sin inmutarse, ¡que es aquélla la hora!

Salen de su celda al pasadizo angosto. ¿Bien? "Bien!": Se dan la mano, sonríen, crecen. "¡Vamos!" El médico les había dado estimulantes: A Spies y a Fisher les trajeron vestidos nuevos; Engel no quiere quitarse sus pantuflas de estambre. Les leen la sentencio, a cada uno en su celda; les sujetan las manos por la espalda con esposas plateadas: les ciñen los brazos al cuerpo con una faja de cuero: les echan por sobre la cabeza, como la túnica de los catecúmenos cristianos, una mortaja blanca: ¡abajo la concurrencia sentada en hileras de sillas delante del cadalso como en un teatro! Ya vienen por el pasadizo de las celdas, a cuyo remate se levanta la horca; delante va el alcaide, lívido: al lado de cada reo, marcha un corchete. Spies va a paso grave, desgarradores los ojos azules, hacia atrás el cabello bien peinado, blanco como su misma mortaja, magnífica la frente: Fisher le sigue, robusto y poderoso, enseñándose por el cuello la sangre pujante, realzados por el sudario los fornidos miembros. Engel anda detrás a la manera de quien va a una casa amiga, sacudiéndose el sayón incómodo con los talones. Parsons, como si tuviese miedo a no morir, fiero, determinado, cierra la procesión a paso vivo. Acaba el corredor, y ponen el pie en la trampa: las cuerdas colgantes, las cabezas erizadas, las cuatro mortajas.

Plegaria es el rostro de Spies; el de Fisher, firmeza; el de Parsons, orgullo radioso; a Engel que hace reír con un chiste a su corchete, se le ha hundido la cabeza en la espalda. Les atan las piernas, al uno tras el otro, con una correa. A Spies el primero, a Fisher, a Engel, a Parsons, les echan sobre la cabeza, como el apagavelas sobre las bujías, las cuatro caperuzas. Y resuena la voz de Spies, mientras están cubriendo las cabezas de sus compañeros, con un acento que a los que lo oyen les entra en las carnes: "La voz que vais a sofocar será más poderosa en lo futuro, que cuantas palabras pudiera yo decir ahora". Fisher dice, mientras atiende el corchete a Engel: "Este es el momento más feliz demi vida!" "¡Hurra por la anarquía!" dice Engel, que había estado moviendo bajo el sudario hacia el alcaide las manos amarradas. "¡Hombres y mujeres de mi querida América..." empieza a decir Parsons... Una seña, un ruido, la trampa cede, los cuatro cuerpos caen a la vez en el aire, dando vueltas y chocando. Parsons ha muerto al caer, gira de prisa y cesa: Fisher se balancea, retiembla, quiere zafar del nudo el cuello entero, estira y encoge las piernas, muere: Engel se mece en su sayón flotante, le sube y baja el pecho como la marejada y se ahoga; Spies, en danza espantable, cuelga girando como un sacro de muecas, se encorva, se alza de lado, se da en la frente con las rodillas, sube una pierna, extiende las dos, sacude los brazos tamborilea; y al fin expira, rota la nuca hacia adelante, saludando con la cabeza a los espectadores.



Ayuntamiento de Madrid

BHKUNIN

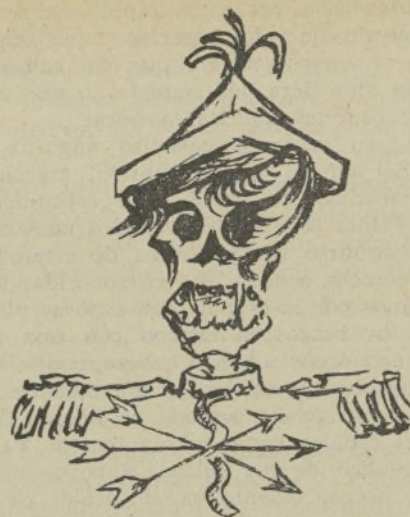
UN DRAMA TERRIBLE

VIII

LOS

FUNERALES

Y dos días después, dos días de escenas terribles en las casas, de desfile constante de amigos llorosos, ante los cadáveres amoratados, de señales de duelo calgadas en puertas miles bajo una flor de seda roja, de muchedumbres reunidas con respeto para poner a los pies de los ataúdes rosas y guirnaldas, Chicago asombrado vió pasar tras las músicas fúnebres, a que predecía un soldado loco agitando como desafía un pabellón americano, el ataúd de Spies, oculto bajo las coronas; el de Parsons, negro, con catorce artesanos atrás que cargaban presentes simbólicos de flores; el de Fisher, ornado con guirnalda colosal de lirio y clavellinas; los de Engel y Lingg, envueltos en banderas rojas —y los carruajes de las viudas, recatadas hasta los pies por velos de luto,— y sociedades, gremios, vereins, orfeones, diputaciones, trescientas mujeres en masa, con crespón al brazo, seis mil obreros tristes y descubiertos que llevaban al pecho la rosa encarnada.



SÍMBOLO INTERNACIONAL DEL CAPITALISMO

Y cuando desde el montículo del cementerio, rodeada de veinticinco mil almas amigas, bajo el cielo sin sol que allí corona estériles llanuras, habló el capitán Black, el pálido defensor vestido de negro, con la mano tendida sobre los cadáveres. "¿Qué es la verdad? —decía, en tal silencio que se oyó gemir a las mujeres dolientes y al concurso—, ¿qué es la verdad que desde que el de Nazareth la trajo al mundo no la conoce el hombre hasta que con sus brazos la levanta y la paga con la muerte? ¡Estos no son felones abominables, sedientos de desorden, sangre y violencia, sino hombres que quisieron la paz, y corazones llenos de ternura, amados por cuantos los conocieron y vieron de cerca el poder y la gloria de sus vidas; su anarquía era el reinado del orden sin la fuerza; su sueño, un mundo nuevo sin miseria y sin esclavitud; su dolor, el de creer que el egoísmo no cederá nunca por la paz a la justicia: ¡oh cruz de Nazareth, que en estos cadáveres se ha llamado cadalso!"

De la tiniebla que a todos envolvía, cuando del estrado de pino iban bajando los cinco ajusticiados a la fosa, salió una voz que se adivinaba ser de barba espesa, y de corazón grave y agriado: "¡Yo no vengo a acusar ni a ese verdugo a quien llaman alcaide, ni a la nación que ha estado hoy dando gracias a Dios en sus templos porque han muerto en la horca estos hombres, sino a los trabajadores de Chicago, que han permitido que les asesinen a cinco de sus más nobles amigos!...". La noche, y la mano del defensor sobre aquel hombro inquieto, dispersaron los concurrentes y los hurras: flores, banderas, muertos y afligidos, perdíanse en la misma negra sombra: como de olas de mar venía de lejos el ruido de la muchedumbre de vuelta a sus hogares. Y decía el "Albeiter Zeitung" de la noche, que al entrar en la ciudad recibió el gentío ávido: "¡Hemos perdido una batalla, amigos infelices, pero veremos al fin el mundo ordenado conforme a la justicia: seamos sagaces como las serpientes e inofensivos como las palomas!".

"La Nación", Buenos Aires, 1ro. de Enero de 1898.

CUANDO LLEGA MAYO

Pasado, presente y futuro de un símbolo Revolucionario

FULCOR de insurgencia. Recuerdo palpitante de tragedia sangrienta. Grito de esperanza en jornada de ardiente évocación. Decía un poeta, soñador y anarquista, que en el Primero de Mayo, las amapolas, entre el oro de los trigales y bajo los rayos de un sol de fuego, eran más, mucho más rojas...

Evocar los Mártires de Chicago era elevar a categoría de símbolo el dramatismo de unos acontecimientos. En la Historia; en el desenvolvimiento social de la Humanidad, los últimos momentos de los ahorcados, la expresión de su sentir en la terrible hora de la verdad, despedían raudales de ejemplaridad, aliento para todos.

Símbolo de redención. Hito relevante, señalando camino hacia una Humanidad liberada de ancestrales coyundas. Compendiaba la aspiración hacia una vida libre; elevaba el sentimiento de dignidad, aureolado de justiciera, bienandanza. Símbolo reflejando el secular sueño de libertad de todas las víctimas sociales; de todo fervor de equidad y de fraterna convivencia universal.

PROMEDIADO el siglo XVII el almirante inglés Williams Penn, con unos centenares de hombres, desembarcó en las costas de Pensylvania, tomando posesión de aquella tierra en nombre del Rey de Inglaterra. Desarrollándose las colonias inglesas en la América del Norte. Como hacia una bíblica Tierra de Promisión, llegaban de Europa emigrantes procedentes de diversos países. Buena parte eran gentes de espíritu aventurero; había no pocos refractarios, inconformitas, rebeldes que hostigados por su modo de ser, en la tierra que les vio nacer, buscaban hacer vida nueva en tierras vírgenes del tumulto político social predominante en la vieja Europa.

Pasaban los años, Inglaterra tenía establecida su hegemonía, pero latía por doquier un acuciado anhelo de independencia. La enciclopedia iba preparando el terreno a la Revolución Francesa. Entre la intelectualidad americana las ideas de los enciclopedistas hallaban franca, entusiasta acogida, particularmente entre escritores de raigambre liberal, como John Locke, James Otis y Patrk-Henry. Crecía el impulso de rebelión. Hombres de un acusado ascendiente moral, como Samuel Adáms y, sobre todo, Benjamín Franklin fueron los paladines más decididos de la lucha de liberación nacional.

Dura, empeñada fué la batalla hasta conseguir el anhelado objetivo: la independencia.

Políticamente, la independencia fué de excepcional

importancia para quienes, al ejemplo de la nación colonizadora, habían ido consolidando la supremacía estatal. Eran inmensas las riquezas naturales del país. Ello dió margen a que tomara desarrollo, afianzándose, una plutocracia con insaciable avidez. Capitanes de industria, que aprovechaban la abundante mano de obra, llegada de todas partes, para obtener cuantiosos beneficios al dar el máximo auge a la producción.

Para la masa de productores que habían llegado de Europa, así como para los naturales del país que integraban la clase proletaria se había plantado el problema de la defenza frente a los desmanes de un capitalismo dominado por el afán de riquezas, a trueque de una explotación desmesurada, inhumana. Y fué tomando calor entre la clase trabajadora el sentido de organización sindical, máxime cuando ya la Internacional había planteado entre los oprimidos el anhelo de emancipación.

Por su denso núcleo de población, por su acumulada industria, era Chicago la capital norteamericana de mayor agitación social. La ciudad en donde con mayor ímpetu la lucha social tomaba incremento; donde la difendencia de clases era más ostensible. Ya antes de los hechos que culminaron ahorcando a cuatro anarquistas, Chicago daba que hablar.

En Francia, la "France Eternelle", la de los hombres de pensar libre y de ideas progresivas, un

conjunto de plumas rebeldes, escritores y periodistas haciéndose eco de las injusticias, del dolor humano motivado por las diferencias en el vivir social, lanzaban sus generosas imprecaciones, que por el prestigio social e intelectual de Francia, iban más allá de las fronteras del país. Descolaban en la obra justiciera que en letras de molde se difundía, Octavio Mirbeau, Bernard Lazare, Severine, Emilio Zola, Henry Rochefort, Laurent Tailhade. Descollaba también entonces alguien que mucho más tarde alcanzó un significativo denominativo el "Tigre". Entonces Georges Clemenceau no trataba a los trabajadores como a enemigos. Bien al contrario: los defendía con inteligencia e ímpetu juvenil. Sus artículos en el popular diario parisino "L'Aurore" eran a modo de recios trallazos contra los convencionalismos sociales. En uno de sus trabajos, con el epígrafe "Chicago", referíase al estado de excitación existente entre la masa productora de la gran urbe norteamericana: "Es Pullmann, el ultramillonario fabricante de vagones, que por su legendario rigor al respecto de los millares de obreros que ocupa ha desencadenado la tempestad. Los obreros han llegado al límite de la paciencia. Y seguía refiriendo la turbulenta actitud de los productores en huelga frente a la brutal intransigencia patronal

Arreciaban las huelgas en demanda de mejores condiciones de trabajo. Se pedía singularmente una reducción de horario. Se deseaba, frente a una extenuante jorhana de trabajo, conseguir las ocho horas. La influencia anarquista se notaba en la acción de protesta y subversión. De ahí que uno de los condenados a muerte, Spies, manifestara en su discurso de defensa ante los jueces, que en realidad lo que se buscaba era hacer un proceso al anarquismo.

El capitalismo y el Estado coaligados tenían que ser inflexibles ya que se trataba de una *prueba de fuerza* ante la amenazadora pleyade reivindicadora de las masas oprimidas.

En torno a los hechos que originaron el ruidoso proceso, así como el trágico desenlace existe una copiosa documentación. Uno de los que mayor atención pusieron en todo lo relacionado con el crimen de Chicago fue el poeta y escritor alemán John-Henry Mackay, a quien se debe el haber sacado del olvido al formidable pensador iconoclasta: Max Stirner. Mackay, en su obra "Los Anarquistas", descuella el capítulo que tituló: "La tragedia de Chicago". He ahí unos párrafos esenciales del trabajo de referencia:

"En el 1º de mayo unos acontecimientos inesperados tuvieron lugar en Chicago, que es el centro del movimiento en pro de las ocho horas. Un gran establecimiento industrial había cerrado sus puertas, dejando a mil docientos obreros sin medios de subsistencia. Se organizaron mítines. Hubo choques entre los obreros, los agentes de policía y los detectives de las patrullas de Pinkerton, subvencionados por los capitalistas".

"El día 3 de mayo se originó una colisión en la

que buen número de obreros fueron heridos. La reunión del día siguiente, convocada en Haymarket por el Comité de la Asociación Internacional, no tenía más objetivo que el de protestar contra los asesinatos cometidos por el Gobierno".

"El mitin de Haymarket se desenvolvía de una forma tan pacífica que el alcalde invitó al capitán de las fuerzas de policía a que retirara a sus subordinados. El coche desde el cual los oradores hablaban a la multitud se hallaba situado a la entrada de una de las grandes arterias que desembocan en la plaza. Estaba rodeado de unos millares de oyentes que escuchaban sin decir palabra". "Cuando hablaba el tercer orador, el cielo cubriose de nubes, pareciendo anunciar tempestad, por lo cual buen número de quienes estaban escuchando creyeron oportuno el marcharse. Concluía su peroración el último orador cuando, de improviso, un centenar de agentes se lanzaron sobre los que escuchaban. Al mismo tiempo una bomba lanzada por mano desconocida cayó en medio de los policías. De ellos hubo un muerto y bastantes heridos mas o menos graves".

Hubo las consiguientes detenciones en particular las de quienes habían tomado parte en el mitin en tanto que oradores y fué incohado el proceso cuyo epílogo lo ofreció la imagen tétrica de unas horcas...

Borbotones de indignación cundieron por doquier. Severine, la buena Severine, siempre atenta al dolor de los oprimidos, escribió páginas saturadas de honda emoción evocando a quienes, *la faz convulsa, los ojos saliendo de sus órbitas, eran castigados por el hecho de avizorar el porvenir de la humanidad... Culpables de haber hablado de justicia, de haber dicho la verdad.*

La pluma de José Martí, el escritor cubano de raigambre liberal, aludió a la tragedia de Chicago de 1886, escribiendo unas páginas rezumando sinceridad y entrañable afecto a los caídos. En ellas transcribió la oración fúnebre de uno de los defensores, el capitán Black, en el momento de dar sepultura a los cadáveres de los cuatro ahorcados: «Estos no son felones abominables sedientos de desorden, sangre y violencia, sino hombres que quisieron la paz, y corazones llenos de ternura, amados por cuantos los conocieron y vieron de cerca el poder y la gloria de sus vidas; su anarquía era el reinado del orden sin la fuerza; su sueño, un mundo nuevo sin miseria y sin esclavitud; su dolor el de creer que el egoísmo no cederá nunca, por la paz, a la justicia... »

HAN pasado los años; se ha demostrado que la evolución social ha seguido un rumbo bien distinto al que se vaticinaba por parte de los sectores de extrema izquierda. Las concepciones sociológicas impregnadas de romanticismo que, estaban en boga a fines del siglo pasado, hoy podemos notar que, su sentido material no responde a la realidad que se vive, que se palpa cotidianamente. Existe una

evidente transformación que no es la que se esperaba. Creíase que el antagonismo de clases se iría acentuando cada vez más: de una parte los ricos, de otra parte los menesterosos. Al llegar a una fase de máxima comprensión; al ser conscientes de su fuerza, de su valor, las masas proletarias asaltarían los baluartes del capitalismo y del Estado para implantar una sociedad liberada de la odiosa explotación económica que reducía al productor a la material inferioridad de no poder gozar de los adelantos de las ciencias y las artes. Las cosas no han ocurrido así. La realidad es harto elocuente para persuadirnos de ello.

Ciegos seríamos si no comprendiéramos que toda una literatura, toda una serie de apreciaciones de contenido sociológico, en lo que concierne a los países más industrialmente desarrollados, se halla, en buena parte, fuera de uso, resulta desplazada. ¿Cómo se les va a hablar de privaciones y miserias usando el estilo del siglo pasado, a esos trabajadores que pueden, como la burguesía, tener automóvil; que pueden, como la burguesía, tener televisor, nevera eléctrica, máquina de lavar, etc.? ¿Cómo va a ser posible hablar de que quien trabaja apenas si puede malcomer a quienes pueden darse el gusto de pasar un mes de vacaciones, como los turistas burgueses, en tal o cual país?

¿Qué fenómenos de orden económico y moral se han producido, originando tan profundas transformaciones en la vida obrera, y tan diferentes de lo previsto?

Simplemente: como bien sabemos, el egoísmo de los capitalistas, en plan de asegurar ventajas en los mercados ha debido mejorar los instrumentos, el material de producción a fin de conseguir en el rendimiento más y mejor. Al obtener los capitalistas mayores ventajas ello ha traído como consecuencia el que los trabajadores hayan podido aumentar, con el acrecentamiento de los salarios, sus medios adquisitivos. La llamada racionalización en el trabajo ha facilitado el acrecentar la producción a trueque de hacer en muchos casos un autómata, un apéndice de la máquina al que trabaja.

Simone Weil ha analizado de un modo minucioso, alcanzado por la propia práctica, lo que en sí es el maquinismo, lo que representan los métodos de producción atrofiando la inteligencia y la sensibilidad. En su obra «La Condition Ouvrière» desarrolla amplias consideraciones al respecto. Pero Simone Weil fué una de esas mentalidades excepcionales: muy inteligente y muy sensible a la par. La mayor parte de quienes trabajan por medio de los métodos de racionalización se hallan ya tan habituados a ello; están ya tan atrofiados en lo que a esto se refiere que, como vulgarmente se dice, se desenvuelven la cotidiana ocupación, uniforme, monótona, «como el pez en el agua».

El movimiento anarquista en general debe de tener en cuenta tales características de orden sociológico. No hacerlo así equivale a predicar en desierto. Importa dar singular preponderancia a lo que son factores de orden moral, usando el lenguaje, los

argumentos apropiados para ello. Interesa ir al individuo, hacer vibrar sus resortes emotivos, su inteligencia, independientemente de la clase social a la que pertenezca. Hoy, en costumbres, en modos de pensar, en la conducta existe una manifiesta mezcolanza en lo que se refiere al sentido de «clase» propiamente dicho. Ya Volin, en su interesante obra «La Revolución desconocida» puso de relieve que los primeros chispazos revolucionarios en la Rusia de los zares no partieron precisamente de la «clase trabajadora». Antes que él habían apuntado algo de ello Stepniak y el propio Kropotkin.

Es aconsejable, a los efectos de una propaganda eficiente de amplio radio de acción, hacer uso de un nuevo «utillage». Como ha dicho el compañero Charles Augusto Bontemps en su última obra «L'Anarchisme et le réel», que, dicho sea de paso, ha sido bien poco comentada en nuestros medios, no obstante su evidente interés, en lugar de una propaganda que en el orden material y económico va en algunos tramos paralela a la marxista, sería conveniente el profundizar y sacar el máximo contenido del humanismo que plasma en las apreciaciones filosóficas de los enciclopedistas. Lo importante, evidentemente, ha de ser encontrar formas, modos de difusión doctrinal que sean susceptibles de llegar al corazón de las masas atrofiadas por apetencias materiales, que al sentimiento de los individuos cultivados y con un claro sentido de la dignidad humana.

La civilización atraviesa, se dice y se repite, por una fase crucial. Las pugnas entre modalidades estatales, los acrecentados progresos de la energía atómica, el brusco despertar de los pueblos colonizados, no se sabe a qué resultados pueden conducir. Pensadores de relieve: Camus, Sartre, Jaspers, Buber, Fromm, Lewis Mumford, Bertrand Russell, Friedman, entre otros, han escrito obras de importancia; han tratado y tratan de trazar diagnóstico y hallar soluciones al eterno problema de la libertad y de la justicia entre los hombres. No se ha de perder nada por parte de los anarquistas en captar lo que de asimilable a nuestro sentir descuelle en hombres de esclarecida inteligencia. A la postre, es lo que hicieron los más descolantes valores del anarquismo, que han sido nuestros maestros, asimilándose aquellos conocimientos que destacaban en los hombres decencia y pensadores de su tiempo. Así Kropotkin al asimilarse los postulados de un Guvau y de Espínas para fundamentar sus opiniones en torno a la ayuda mutua y a la ética libertaria.

Y mientras subsista el anhelo de superación social es evidente que ha de quedar perenne ese matiz simbólico que representa la lucha de unos hombres que vivieron y murieron trágicamente por algo más que por satisfacer las primarias satisfacciones de estómago. Lucharon por algo más que el posibilitar el advenimiento de un mundo de «robots» bien cebados y dispuestos, por atrofia mental, a ser maniobrados por cualquier Estado, rojo, blanco, o negro.

FONTAURA.

EL MOVIMIENTO OBRERO HISPANO ANTE LA ENCRUCIJADA

A Asociación Internacional de los Trabajadores —escribe Anselmo Lorenzo en "El Proletariado Militante", fue una organización compuesta de grandes grupos de trabajadores de todas las naciones, o al menos de aquéllas en que los progresos de la civilización, por lo mismo que son grandes en todas sus manifestaciones, son menos excusables las iniquidades producidas de la desigualdad.

"Su razón de ser estaba en la incongruencia existente entre los hechos sociales y las doctrinas religiosas, filosóficas, políticas, mansas, suaves, harmónicas y humanitarias éstas, al decir de sus apologistas, y ferozmente crueles aquéllos.

"Su objetivo consistía en atraer hacia sí a cuantos, víctimas de la injusticia, sin distinción de raza ni de creencia, aspirasen a la emancipación propia y a la justicia de la sociedad.

"Sus medios eran la resistencia económica contra el capital en sus secciones y federaciones, y el estudio de la sociología elaborado en sus círculos, formulado en sus congresos y difundido en sus periódicos".

Al dividirse la Internacional, dos hombres entraron en España: Fanelli, representante de las ideas de Bakunin; y, Lafargue, portavoz de los métodos de Marx. Cada uno explicó su doctrina a los amigos y compañeros más afines, haciendo verdadera labor de captación y proselitismo. Al pasar el tiempo, creáronse dos tendencias de orientación y contenido socialista: una, representada por Anselmo Lorenzo; y otra, por Pablo Oglesias. De éstas dos concepciones socialistas nacieron la C.N.T. de raíz anti-autoritaria y anarconsindicalista, y la U.G.T. de proyección socialista parlamentaria. La semilla del socialismo había sido lanzada a todos los vientos, y cayó en surcos bien abonados. Sembrar es recoger, unas trigo, y otras, cardos.

¿Cuál ha sido el papel desempeñado por estos dos movimientos?

¿Qué en la lucha diaria han cometido errores? No lo negamos, mas esto prueba que han trabajado con ahínco, y sabido es que todo el que trabaja se equivoca. Sólo el error a conciencia es imperdonable. El movimiento obrero hispano no tiene que reprocharse absolutamente nada. Una equivocación salta a la vista y debemos ser sinceros al examinar nuestra trayectoria: no hemos sabido unirnos en muchas ocasiones en las cuales era necesario el esfuerzo articulado para hacer frente al enemigo recíproco. Pero si perdiendo se aprende, el proletariado militante ha recogido una lección de los hechos vividos: que forma parte de la gran familia obrera y que debe permanecer unido para defenderse de los peligros que le acechan.

Los hechos acontecidos durante la guerra civil y la revolución española, fraguaron la unión de las dos centrales sindicales. Fue necesaria la No-Inter-

vención democrática internacional, acompañada de la directa intervención de las potencias nazi-fascistas en nuestro territorio para que el Estado genocida triunfara violentamente. Pero cabe preguntar a renglón seguido: ¿Por qué se produjo el alzamiento franco-falangista? Numerosas son las causas que engendraron tamaño desmán; pero la primera y más decisiva de todas es, sin duda, el imperativo de levantar una muralla de granito para que el movimiento obrero no pudiese evolucionar hacia nuevas conquistas sociales.

Perseguía la reacción el objetivo nefando de acabar con el sindicalismo, descomponiendo las Organizaciones mediante el asesinato de los hombres más caracterizados y de mayor valía. Tratábase de que la clase obrera quedara huérfana de ideas y desprovista de preclaros orientadores. El fin maldito fue conseguido en escalofrantes proporciones. Se consumó la barbarie devastadora. El obrerismo militante viene sufriendo más de un cuarto de siglo de vejaciones y ofensas sin nombre. A la vuelta de este ciclo de terror, el sindicalismo ha sido desnaturalizado por los totalitarios de todos los colores. Quienes desprecian a la clase obrera, considerándola como reata de su caravana política no pueden admitir que ésta decida por sí misma su trayectoria político-social.

Está escrito que el tiempo no pasa vanamente. El sindicalismo es la realidad más determinante de nuestro tiempo. Todo el que quiere gobernar tiene que apoyarse en las fuerzas del trabajo organizado. Los partidos de gobierno carecen de fuerza propia para dirigir los hechos: la concepción del Partido Único, se asevera incapaz de mover los grandes resortes organizados de la vida moderna. Y los

misimos bolcheviques que asignaron, que impusieron un cometido secundario a los sindicatos obreros en la modelación de la revolución naciente en 1917-19, hoy revisan sus puntos de vista si quieren sobrevivir y perdurar en la gobernación totalitaria de la U.R. S.S. Zinoviev erró el golpe, ya que el comunismo absolutista penetra en la línea del revisionismo ideológico sin lograr encontrar su verdadero camino de salvación socialista, federal. Cruel paradoja del destino. El Movimiento franco-falangista, nacido para destruir el sindicalismo clásico y revolucionario español, se ha visto obligado a crear un aparato monstruoso de tipo sindical para controlar a la *masa* obrera desencajada del Estado Unitario. Después de veinticinco años de violación de los derechos sindicales, la C.N.S. es un vulgar aparato demagógico puesto al servicio del Estado, mas carente de influencia moral en la vida del trabajo. Convencidos de ésta realidad, los jerifaltes verticales tratan de encontrar ruedas de recambio para que el motor de la reacción pueda seguir avanzando por caminos de perdición. Todas las tentativas "innovadoras" van de tumbo en tumbo, de fracaso en fracaso. Las fuerzas democrático-cristianas, más preparadas y competentes, no duermen ni descansan. Saben perfectamente que una vez descompuesta la máquina del sindicalismo vertical, saldrá a la luz del día el auténtico sindicalismo por nosotros representado. Y vaticinando lo que la resultante lógica ha de ofrecer, lanzan un nuevo balón de ensayo.

Un semillero de sedicentes Organizaciones obreras se cultiva silenciosamente. Las famosas H.O.A.C. preparan sus nuevos cuadros. No desconocen sus sostenedores que semejante Organizacin nunca tuvo arraigo en el país. Nada mejor, pues, en este caso, que montar una nueva sociedad obrerista con el objeto de probar suerte. La Federación Sindical de Trabajadores, da los primeros pasos aplicando nuevos métodos de acción, inspirados en la línea auspiciada por el Vaticano. Por otra parte, en Cataluña concretamente, se ha constituido un grupo de sindicalistas de tendencia demo-cristiana: la S.O. C.C., tratando de imitar al sindicalismo solidario del País Vasco. Sin embargo, estas organizaciones embrionarias no llenan las aspiraciones de sus sostenedores ocultos, Made In Vaticano y compañía S. A. Una nueva tentativa de Organización única, que hace sus primeros pinitos, llamándose unitaria y federalista a la vez, trata de salir a la palestra: la A.S.O. No irá muy lejos. Porque en España, todo lo que suponga desconocer a la U.G.T. y la C.N.T., o lo que es peor, jugar con las siglas e ideas de nuestras Organizaciones de clase, es ir de cara a la bancarrota moral, que es la peor de las quiebras.

El sindicalismo clásico e independiente hispano constituye una preocupación para todos los intereses nacionalistas y religiosos del mundo actual. No ha podido el Estado avasallador cortar de raíz el árbol frondoso de nuestras dos centrales sindicales. En este caso, la fórmula más eficaz para descom-

poner nuestros organismos históricos es concreta: "Divide y vencerás".

Con dólares a granel se pueden crear organizaciones obreras en Africa y Asia, en los países latino-americanos y en algunos puntos vulnerables de la vieja Europa. Pero con oro no se hace sindicalismo. Por el contrario, se descompone de manera premeditada. Allá los norteamericanos con su sindicalismo "cadillac", de obediencia patronal, estatal y capitalista. Nuestro sindicalismo es muy otro. No ha podido ser arrasado y no será adulterado ni corrompido. Los militantes obreros de la C.N.T. y la U.G.T. no pueden llamarse a engaño. Todo lo que tiendan a dividir las fuerzas responsables y conscientes del sindicalismo, representa un atentado contra nuestras organizaciones de clase. La República que descendió del mármol al fango para asesinar a los gloriosos mártires de Chicago; el Estado democrático que apoya a Franco, no puede enviarnos consignas sindicalistas ni imponernos una conducta que se repele con nuestra conciencia de hombres rectos y bien intencionados. Quienes preparan los vergonzosos atentados racistas; quienes asesinaron a Sacco y Vanzetti, es decir, la plutocracia norteamericana, está incapacitada para lanzar emisarios sindicalistas a España para formar una organización supeditada a las directrices de los EE.UU. Los militantes sindicalistas españoles que escucharon a Fanelli y Lafargue, no escucharían a tales enviados "secretos". Nosotros tenemos confianza en los hombres de la C.N.T. y de la U.G.T. del Interior, y estamos convencidos de una cosa: cuantas maniobras propendan a dividir y desarticular nuestras tullidas, pero heroicas organizaciones, fracasarán porque no pueden prosperar.

El militante de nuestras Organizaciones unidas sabe que se está en la U.G.T. y la C.N.T. para acatar los acuerdos adoptados mayoritariamente, para defender las decisiones colectivas. Atentar contra el acuerdo aceptado voluntariamente, no es hacer labor obrera, sindicalista y revolucionaria. Y esto que es el ABC de nuestros postulados, lo saben cuantos militantes solventes forman parte de nuestras filas. Estamos al cabo de la calle sobre lo que representa la concepción cesarista del Partido Unico, la Central Unica y otras añagazas, trapisondas y zarandajas por el estilo. Somos la verdadera democracia sindical unida sin falsas trampas de cartón! representamos el sindicalismo de clase y de calidad consciente de sumisión y de su destino. Ni el Vaticano, ni la U.R.S.S., ni los Estados Unidos de América ni el franco-falangismo, se saldrán con la suya empleando diferentes medios de *penetración sindical*.

¿Quines somos? El sindicalismo a secas; pero un sindicalismo que no se confunde con la dictadura de ningún color; la corriente inagotable de la libertad individual y colectiva; la doctrina de la justicia

social que lucha por afincarse el Derecho a la igualdad y a la vida. El sindicalismo peninsular tiene su conexión con el federalismo ibérico y está entroncado con las vías anchurosas del socialismo con libertad, una doctrina determinante en el inmenso universo humano. Tiene fundada su moral en la escuela del trabajo organizado: es su norte la lucha sin tregua contra la explotación y es su brújula la conciencia y el cerebro de los trabajadores españoles.

No podemos negar que el movimiento obrero ha sufrido zarpazos y sacudidas de todas partes. Por no haber llegado a forjar una síntesis de amplio contenido socialista y libertario, al margen de toda influencia extraña, se ha dividido en grupos y capillitas. Este ha sido el error del pasado: repartirse la piel del oso libre y amenazador, en vez de unirse para defender sus intereses y consolidar sus prerrogativas económico-sociales. Actualmente, las fuerzas de la reacción internacional se unen

por todas partes, pero de manera única en España. En nuestro país se dan cita los representantes de todos los Estados que no quieren ver producirse un nuevo Renacimiento obrero, social, socialista, y libertario en la Península Ibérica. Nuevos hechos pondrán de manifiesto estas razones innegables. Estamos, pues, situados en una encrucijada difícil, la más complicada de nuestra historia: O nos unimos estrechamente para defender y proteger nuestras Organizaciones, contra todos los intentos y manejos de escisión, o el oso reaccionario estrangulará al movimiento obrero. Guerra a las torpes querellas; rechazado de toda lucha bizantina: unión indestructible, sincera y leal es lo que precisamos para vencer en esta prueba determinante. Lo exige la vida del movimiento obrero español, lo reclama la clase obrera sometida por la dictadura, lo quiere el presente y el porvenir de España.

Ramón LIARTE.

JUAN GARCIA

APROVECHADOS Y APOSTOLES.

Allá por los años de 1910 ha de los vegetarianos españoles hubiere pureza inmaculada. No puede decirse que predominaban entre ellos los que eliminaba determinados alimentos para alcanzar una verdadera superación. En la sublevación clérigo-militar, en el mundillo o de todo: falsarios, demagogos y hombres de una ecirse que todos los vegetarianos fuesen anarquistas, los practicantes de dicho régimen, al que consideraban como un complemento indispensable para el físico y en lo moral.

ENTRE los que predicaban las excelencias de la terapéutica naturista y practicaban lo contrario, figuraba uno de sus más destacados divulgadores, hombre que tenía en su haber la publicación de varios libros sobre esta especialidad que le dieron bastante fama y buen rendimiento económico. En relación con dicho señor, cuyo nombre omitimos, pasamos a referir cierta anécdota contada por su secretaria, señorita incapaz de inventar un infundio.

Según su decir, nuestro hombre, que ostentaba el título de doctor, estaba magníficamente instalado en una de las vías más elegantes de la capital catalana, donde gozaba de cierto prestigio. Su secretaria, que practicaba el régimen vegetariano igual que toda su familia, a los pocos días de ejercer su profesión empezó a notar que al anunciar a sus primeros pacientes, el médico demoraba largo rato en introducirlos a su café negro, aliñado con coñac, y fumando un espléndido habano. Ni al naturismo que por necesidad económica, hondamente decepcionada por tal impostura, abandonó de inmediato el empleo sin mencionar la causa ni hacer la menor referencia a la falacia descubierta.

Harina de otro costal, diametralmente opuesto, era Juan García, nuestro «Juanito», ya que ambos conjugaban diversos verbos: aquél, el «poseer», y éste, el «dar»; quien por sentimiento de educación

mucho antes que vegetariano era anarquista. La devoción a este régimen le vino por experiencia propia, por necesidad de vencer sus dolencias. Durante los años de su infancia y juventud padecía escrofulismo agudo que le obligaba a que parte del cuello y rostro permaneciera siempre cubierto con vendajes. Sus padres habían recurrido a cuanto sabían y podían para atajar la enfermedad, incluso a la visita de los mejores especialistas europeos. Sin embargo, la cosa seguía igual o empeorando, hasta que un día, hablando con un amigo vegetariano, éste le dio un libro, diciéndole:

—¿Por qué no pruebas de recurrir a las espinacas y hortalizas para ver si te curas?

«Juanito» se lanzó a la prueba y el cambio de régimen operó el «milagro». A los dos meses de su práctica ya pudo deambular por las calles del Turia con la cara despejada y con una nutrida barba negra que encubría las viejas lesiones de su dolencia. ¡Con cuánta emoción refería lo que le ocurrió el primer día que se vio libre de su padecimiento! Este, su renacer, fue la raíz de su conversión al naturismo. El, hombre agradecido por naturaleza, no podía dejar de propagar y defender lo que tan excelentes resultados había obtenido en sí mismo. De ahí vino el saturarse de lecturas sobre dicha materia, la formación de grupos excursionistas para encauzar a la juventud hacia las bellezas de la naturaleza, la creación de la revista «Helios» con el fin de divulgar los principios higiénicos y curativos del vegetarianismo, la fundación del «Solarium» para atender a enfermos y necesitados de aire y sol, y la divulgación, por su desinterés y generosidad, de cuanto de más noble se hizo en España para la propagación de un concepto de vida limpia y sana.

EL HOMBRE

A condición esencial de Juan García Giner era el alto concepto que tenía de la amistad, hasta el punto de ejecutar fielmente el concepto tan bellamente expresado por don Francisco de Quevedo,

«Menor es el que me da, que el que me recibe».

«El amigo debe obrar igual que la sangre que fluya a la herida para sanarla sin necesidad de pedírselo...»

Así obraba «Juanito». Era frecuente que fuera a visitar a algún amigo, no abundante de recursos, y que éste se encontrara luego con cierta cantidad dejada en cualquier lugar de la habitación, sin que a los moradores, al repasar las visitas recibidas, les cupiera la menor duda acerca de la generosa y discreta mano que allí la había dejado.

Hijo de una familia acomodada y él mismo poseedor de una industria floreciente (una fábrica de clavos), beneficios y no beneficios los aplicaba a la práctica del bien, a propagar y financiar cuanto exigía la divulgación de sus ideales. Así fue uno de los principales impulsores en la creación de la Escuela Moderna en Valencia, así como de su revista, mucho antes de su conversión al vegetarianismo. Durante años su nombre estuvo vinculado en todas las manifestaciones libertarias.

Por lo dicho, es de comprender que no se trataba de ningún despistado, sino de un hombre que sabía muy bien quién era merecedor y quién no; de que se le tuviera una atención y se le prestara ayuda, pero que, ante la incertidumbre, prefería el engaño a la negativa. La siguiente anécdota refleja perfectamente su hermetismo por no jactarse del bien que hacía, la cual fue contada por uno de sus amigos.

El caso se refiere a cierta madre con dos hijos mayores, uno de ellos preso en Francia y vinculado con el anarquismo, y otro que se intitulaba igual, más que nada para encubrir su vagancia y desaprensión, ya que toleraba que su progenitora cosiera noche y día para que la diera de comer.

Así las cosas, un amigo se presentó a «Juanito» para notificarle que el sujeto de marras blasonaba que «para él había llegado ya la anarquía, puesto que «Juanito» le entregaba cinco pesetas todos los días y que de ellos daba tres a su madre y el resto se lo quedaba para sus gastos particulares».

El amigo trató de averiguar lo que había de verdad en dicha dádiva, negándolo aquél en redondo.

Este insistió en que el fulano le tomaba el pelo, añadiendo que una cosa era prestar solidaridad a quién fuese merecedor de ella y otra muy distinta dejarse timar un un sinvergüenza.

En este forcejeo estaban, cuando «Juanito» después de afirmarse en que él no era el dador, añadió:

«Bueno, creo que puede darse por satisfecho el que sea capaz y pueda realizar tales acciones. A fin de cuentas estas pesetas tienen la virtud de librar a una buena mujer del trabajo que la aniquila, a la vez que alimenta la ilusión de que es su propio hijo quien la ayuda. ¿Crees que esto puede ser censurable?»

Estos eran rasgos peculiares de ese Juan García Giner, anarquista y vegetariano, cuya bondad era inalterable frente a todos los avatares por desagradables que éstos fueran; era la suya una bondad de raíz que se comunicaba a quienes tuvieron la suerte de ser sus amigos y también de cuantos estrechaban su mano.

En relación a su generosidad y desprendimiento nos recuerda a determinado decembrista ruso, descrito por «Stepniak», a quien el zarismo condenó a pena de muerte y fue ejecutado por el simple hecho de que en el juicio no pudo justificar como había invertido su fortuna y suponer las autoridades que la había dedicado por entero a la causa revolucionaria por propiciar la liberación de su pueblo.

¿Qué le hubiera ocurrido a «Juanito» de haberse quedado en España al triunfo del nazifascismo, ya que éste hubiese sido el único «delito» imputable a su acrisolada conducta? Es indudable que lo hubieran asesinado como lo hicieron con tantos miles. Pero él no se dejó coger. Con muchas peripecias pudo salir de su ensangrentado país y acogerse al «amparo de la generosa República Francesa» que ya tenía dispuestos sus maláricos e inhóspitos campos de concentración para concentrar allí a las miseras y famélicas multitudes que transpasaban su frontera, sin duda para completar la obra empezada por la reacción española, y en donde murieron centenares y miles de refugiados.

Recordar aquella odisea equivale a rememorar una de los hechos más vituperables que registra la historia del hombre. Jamás, como en aquel entonces, la carne humana ha ido más barata y ha sido peor tratada. Seguramente puede catalogarse como el antecedente monstruoso del hitlerismo con la destrucción en masa de los judíos. La actitud corrompida de la Europa oficial de aquellos días tuvo su expresión sádica y canallesca en boca de cierto diplomático británico, de cuyo nombre no queremos acordarnos, quien dijo que «toda la sangre derramada en la lucha española no valía la de un solo marino inglés», y que seguramente, dado el silencio que siguió a tan monstruosa frase, representaba el criterio de la mayoría de los súbditos de Chamberlain.

La verdad es que al recordar estos hechos uno se sale de madre. El caso es que «Juanito», en su primera fase, salió bastante bien librado de su forzosa incursión por tierras de la Galia, donde pudo acogerse en casa de un familiar. Desde allí escribía cartas a sus amigos situados en diversos campos de concentración. A uno de ellos se lamentaba de su inercia e inutilidad, anunciándole que iría a visitarlo. Este le contestó al momento que no hiciera tal cosa y que no expusiera así la relativa libertad de que gozaba...

Aquí se pierde todo rastro de él, hasta que se divulgó la fatídica noticia de que había muerto en una de dichas inhumanas aglomeraciones. Al amigo, a pesar de los años transcurridos, no se le ha quitado aún la torturante incertidumbre: «Lo detendrán al intentar visitarme?...»

El hecho inexorable es que así halló la muerte Juan García Giner, anarquista y vegetariano, hombre por cuyas bondades uno se podía sentir reconciliado con el género humano. Ya así se cumplía el precepto bíblico «Dios premia a los buenos», con otro descomunal sarcasmo.

José VIADIU.

MARTÍ Revolucionario

A importancia y magnitud de la obra específicamente literaria de Martí ha sido el principal impedimento para que la crítica haya podido fijar la efigie veraz y la verdadera grandeza de su vida y de su obra. La devoción académica, en cierto modo plausible, de sus admiradores y panegiristas, ha ido labrando de él un perfil numismático, y por lo tanto limitado, cuyos rasgos principales destacan su estilo personalísimo y el lugar que ocupó en las filas de los innovadores. Se ha certificado la elocuencia y hondura de su prosa, su don poético que por doquier se manifiesta, su erudición segura y sin alardes, sus vastísimos y enciclopédicos conocimientos de «re acibili», su vigilia en la defensa de Latinoamérica, su probidad intelectual, su castidad moral. Nobles prendas sobre las que se han escrito muchos libros y fundado teorías literarias y estéticas, pero que influyeron finalmente en el eclipse de su condición humana excelentísima, de su personalidad básica. Efectivamente, la efigie es fiel, pero Martí no es hombre de un perfil sino de cuerpo entero.

U NAMUNO ha sido —otra vez de las muchas— quien descubrió el punto de apoyo de toda la complicada construcción intelectual de Martí, al afirmar rotundamente: «era un hombre, todo un hombre», y por eso «tenía estilo, todo un estilo»; dictamen inapelable que redondea con este trazo seguro: «su decir era sobre todo un hacer, sus palabras eran actos». Frases con las que un luchador de su estirpe encuadra correctamente su carácter; y de este modo Martí queda centrado en sí mismo: tuvo un gran estilo porque fue un gran hombre.

El conocimiento y la estimación de la obra de

Martí se ha basado en otros méritos: en los del poeta y el cronista que todo lo sabía y lo sabía bien; y la silueta que Darío esbozó en *Los Raros* fue para los jóvenes su retrato fiel, que tomaron de modelo posteriormente los profesores de Literatura. Muchos años también a mí me satisfizo, y creo que todavía hoy habrá quien juzgue que presentarlo ante todo como conspirador y revolucionario es un sacrilegio.

Empero, esa desviación de origen pedagógico no era la poición corriente en Cuba, en los primeros años de este siglo, de atenernos a la referencia que hizo F. V. Preval en la reedición del libro «Cuba», publicado por D. Gonzalo de Quesada. Afirma allí: «Lo admiraban (a Martí), más como agitador y revolucionario, como alma del movimiento político que culminó en la libertad de Cuba, que como escritor fecundo y fácil poeta; pero conquistado de modo definitivo el ideal que impulsó a aquel cerebro portentoso e inspiró a aquella voluntad indomable, el nombre de Martí como literato adquirió gradualmente el relieve que merecía, y se hizo entonces más interesante el estudio de la complicada personalidad del héroe». Una personalidad se superpuso a la otra, en vez de yuxtaponerse y de mantener su jerarquía natural predominando la tricomía de *Los Raros* al aguafuerte de sus auterretratos biográficos.

A este respecto debo señalar que también las fotografías que poseemos de Martí son engañosas: representan a un hombre vulgar, sencillo y bueno,

descuidado de sí porque vive para los demás, y esos retratos inducen asimismo a error, en cuanto confundimos la vestimenta con el carácter, que es exactamente lo que se hizo con su obra. Aunque ese que vemos sea Martí, ciertamente, como lo es el autor de «La Edad de Oro» o de los «Versos Sencillos», lo es únicamente en uno de los múltiples aspectos de su humilde grandeza; mas la voluntad inflexible, la donación de todo él al prójimo, el holocausto que ya había hecho de sí al quedarse con lo estrictamente indispensable para andar vivo, también está en esos retratos, y hay que saber «leerlos» como se lee, perforándola, su prosa opulenta y brillante. Ni la iconografía ni la pedagogía pueden desviarnos de la recuperación del Martí que ha de quedar como un bloque de granito. Precisamente el Movimiento del 26 de julio ha dado a Martí una actualidad que había perdido, lo ha restituido a su ser verdadero y, sin necesidad de exégesis, se presenta a compartir el triunfo que se le debe. El Martí que hoy revive es el verdadero, el que hace camino «De Cabo Haitiano a Dos Ríos», el que cuenta que está peleando, y lo cuenta a la manera de Jenofonte. «Voy bien cargado, mi María, con mi rifle al hombro, mi machete, y revólver a la cintura, a un hombre una cartera de cien cápsulas, al otro, en un gran tubo, los mapas de Cuba, y a la espalda mi mochila con sus dor arrobos de medicinas, y ropa y ah-maca y frazada y libros, y al pecho tu retrato».

Ese hombre apacible, de mirada lánguida que vislumbra una tremenda victoria y no un paraíso burgués —la mirada el insomne y no la del soñador—, ese hombre bravo de mansedumbre evangélica era un domeñador de furias, un siderurgo que al fierro le daba el justo temple de la porcelana; era un fuego sin ira, el cuerpo de una acción que no descansaba. («Y, usted, ¿cuántas horas duerme? —Cinco, mientras mi patria no sea libre.») Lo que ve el hombre mediocre en Martí siempre es engañoso, y nunca lo es para el de su progenie. Por eso no se cohibe de sincerarse con Máximo Gómez, que podía entenderlo: «...era mi vida sin sueño y sin salud, con el cumplimento mortal de todo nuestro

deber, desde el más alto hasta el más humilde». «Ya me verá, ahora que voy, hecho un cadáver.» La debilidad de su cuerpo débese al desgaste inmenso de energía en una tarea que no le deja reposo. Es la ceniza de lo que se quema.

*
**

Leyendo sus obras y mirando sus retratos pensamos que sobre él recae el peso de una enorme responsabilidad histórica y la pesadumbre de sus desdichas personales, y que para sostenerse está solo. Estamos contemplando una caríatide; ese cuerpo endeble tiene osatura de acero y de ahí dentro ruge (lo advirtió Sarmiento) un león. Se fue despojando de cuanto le estorbaba hasta quedar libre y sin impedimenta. Pues también hizo el holocausto de sus padres, de su mujer y de su hijo para servir un ideal humanitario, más poderoso que los afectos entrañables, que le exigía la renuncia al bienestar y la paz. («Todo, Figueredo, se lo he dado a mi patria, hasta la paz de mi casa. Todo va bien en este carro mío, menos el eje, que va roto. Entre la frivolidad satisfecha y el destierro austero hubo que elegir, y me costó la ventura de mi vida». Carta del 5-1-1892.) ¿Por qué no se dice que pagó con sangre y lágrimas su apostolado, que abandonó padres y hermanos para seguir la marcha al Calvario, obediente al mandato de su conciencia, el «todo o nada» de Brandt? «La libertad cuesta muy cara —escribió— y es necesario, o resignarse a vivir sin ella, o decidirse, a comprarla por su precio».

Se ha creído, acaso con criterio piadoso, que debía suprimirse de su biografía, o poner entre paréntesis lo que a juicio del censor vulgar podría desmerecer su grandeza, como si las debilidades y los sinsabores del grande hombre fueran los del individuo común. No se ha comprendido, al menos suficientemente, que la victoria sobre sí mismo en que va implícito el sacrificio de la familia y de la salud, hace del héroe y del mártir una víctima expiatoria transpersonal. Pues también creo que se da más énfasis al heroísmo de la muerte de Martí que al de su vida. Quizá por eso se ha descuidado ahondar esa última etapa de su biografía que es el «Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos», y las cartas y notas del vivac. Ahí se nos presenta Martí como era y no como parecía; ahí está el hombre que marcha impertérrito a cumplir su último deber; y lo hace como soldado, enfermero y bofetinero, con el arma, el yodo y el lápiz. «Allí cruzaron por nuestras cabezas las primeras balas; momentos después, rechazado el enemigo, caíamos en brazos de nuestra gente; allí caballos, júbilo, y seguimos la marcha admirable, a la luz de hachas del monte y árboles encendidos; la marcha de ocho horas a pie, después de dos de combate y de cuatro de camino, de la noche entera, sin descanso para comer de día ni de noche. Yo me acosté a las tres de la mañana, curando heridos.» Y allí viste su mortaja: «¿Y mi traje? Pues pantalón y chamarreta azul, sombrero negro y alpargatas.» Recordemos esta imagen, que no es la de las fotografías; recordemos que murió como Mayor General del Ejército Libertador y no con las palmas de la Academia de la Lengua.

¿Será preciso apartar la vista de lo que Martí tuvo que realizar para ser lo que era, tanto su ascetismo como su labor literaria, a la que no le concedió él otro valor que el de un oficio penoso, aunque fuera una forma indirecta de acción? Anotó en sus «Cuadernos de Trabajo»: «Jésus, amigo mío, ¡escribió tan poco! Ganar un alma, consolar un alma, ¿no es mejor que escribir un artículo de oropel, donde se prueba que se ha leído esto o aquello? Menos palmas y más almas».

¿Hemos nosotros, en cambio, de valorarlo por lo que no fue sino un oficio sobre lo que era su misión, su deber sagrado? En 1882 escribe al General Gómez: «El aborrecimiento en que tengo las palabras que no van acompañadas de actos, y el miedo de aparecer un agitador vulgar». Muchas veces ha expresado «el temer que yo, en mi humilde parte ni fuese el hombre de verdad y sencillez que soy, sino un llena páginas ambicioso y sin riñón; o que era yo víctima del patriotismo inactivo, y de miedos literarios a la obra cruda y sana que hay que hacer». Y en carta al General Gómez (1877): «Aquí vivo, muerto de vergüenza porque no peleo... Seré cronista, ya que ni puedo ser soldado». Y a Figueredo: «Los dos somos bayameses, porque yo tengo de Bayamo el alma intrépida y natural, y los dos somos hijos de la verdad y de la naturaleza»; «o como alza contra esta alma militar que Ud. me conoce, que es la ley y acción a un tiempo»; «Militares, como Ud. —y como yo—, ¿no me quiere por militar?»

La magnitud y el mérito intrínseco de la obra literaria de Martí —repito— ha eclipsado el rasgo más auténtico de su personalidad, que es la del revolucionario. Pocos justiprecian este aspecto culminante de su biografía y de su genio, bastándoles lo que representa, como un promontorio, en el panorama de las letras hispanoamericanas, o recortando su trágico fin como un acto de arrojo temerario. Sin duda no necesitaba más para la inmortalidad que tiene, y es prueba de ello que aun suprimida casi por completo su producción consagrada a la prédica y a la acción revolucionaria, el material que debe ser juzgado por los valores literarios puros mantiene aún su lozanía original. Con sólo una parte, y no la más no la más insignie, basta; pero creo que una valoración exclusivamente literaria de Martí, o apenas superada con algunas tímidas e incidentales consideraciones de carácter filosófico y político, desfigura más que empequeñece su imagen verdadera. ¿Por qué no decirlo profundamente?: Martí fue sencillamente, por naturaleza, por temperamento y por inteligencia, un revolucionario en la más cabal acepción del término. Me atrevo a decir: de los más concientes y perseverantes que conoce la historia. Un revolucionario, "y todo el resto es literatura".

En este momento sería indispensable establecer netamente el distingo entre revolucionario y agitador, que son tipos genéricos, simétricos y antitéticos. "No soy —consignó en sus "Cuadernos de Trabajo"— un revolucionario empedernido. No ligo mi vida a los tumultos. Pero no me importa que sea impopular el cumplimiento de un deber: lo cumplo aunque sea impopular". Camús ha explorado esta tipología en "L'Homme Révolté", y la digresión exigiría un capítulo. Basta creo, la advertencia que el mismo Martí hizo de paso, para comprender que su compleción mental revolucionaria tenía como atributo: la prudencia, la equidad, el orden, la exactitud, la voluntad imperturbable el bien de todos, la vida austera, el decoro. Vale decir, un revolucionario de raza que tiene conciencia de que "es criminal quien promueve en su país una guerra que se puede evitar y quien deja de promover la guerra inevitable. Ser revolucionario en una sociedad de clases y privilegios es, simplemente, ser honrado y sentir como propia la injusticia que se ejerce sobre los demás. "Los obreros explotados por razón social y económica fundamental, son revolucionarios; el campesino hambriento y sin tierra, es también necesariamente revolucionario; el estudiante, el hombre joven es, por temperamento, revolucionario; todo pueblo explotado o toda clase social explotada es, por naturaleza, revolucionario. Pueblos explotados y clases sociales explotadas tenían que ser, necesariamente, revolucionarios. El germen de la revolución estaba en la realidad social y económica de América". (F. Castro, discurso de 9-8-1960).

Si dividimos en dos porciones, aproximadamente iguales, la obra literaria que es preciso coleccionar de los escritos de circunstancias destinados a lectores heterogéneos, y la obra constituida por su correspondencia, los discursos y los panfletos (Paul-Louis Courier dio la definición), encontramos que el mayor peso, la más alta calidad y, sobre todo, la más luminosa expresión del genio entero de Martí está en esta última porción. Es en estas obras, muchísimas ocasionales y circunstanciales —también lo advirtió Unamuno— donde encontramos las mismas virtudes del gran estilista inconfundible, dueño de un lenguaje propio, sustancioso y comunicativo, de imaginación poética y de rigor lógico, iluminado el todo por una luz y un fuego que nacían de su entraña e irradiaban esperanza y fe. Ella es el testimonio de su apostolado en tierra extranjera y hostil durante la época más fecunda de su vida. Entendiendo por apostolado, claro está, el que resulta de su acción persistentes e inquebrantable por la libertad de las Antillas, del pueblo cubano y de la humanidad escarnecida y expoliada. Pues también acerca de esta palabra, de reminiscencias eclesiásticas, se ha tergiversado, el sentido, porque ha pasado a ser sinónimo de un magisterio redentorista, cuando lo que significa, y así debemos conservarla, es la consagración de toda una vida a un sólo fin, con un sólo plan y una sola táctica: libertar a Cuba (y a Puerto Rico), organizar la "guerra justa", y reunir voluntades, comprar armas y asegurar la eficacia

del ataque. Si admitimos que Martí ha sido un Apostol, ha sido el apostol de la Revolución. Y si con el mismo criterio decimos que fue un santo, un héroe y un mártir, debemos agregar que lo fue porque "la desigualdad tremenda con que estaba constituida la sociedad necesitó de una convulsión para poner en condiciones de vida común los elementos deformes y contradictorios que la componían. Tanta era la desigualdad, que el primer sacudimiento no bastó para echar a tierra el edificio abominable, y levantar la casa nueva con las ruinas".

*
**

¿Cuándo comienza su acción revolucionaria?: En el presidio político de Cuba ("Abdala" es su prelude alegórico). ¿Cuál es su primera proclama de rebelión?: "El Presidio Político de Cuba", escrito a los diecisiete años. ¿Dónde está el germen de su pasión, que crece y se agiganta en su pecho y desborda sobre el Caribe, sobre América y se derrama sobre los pueblos humillados del mundo? En "El Presidio Político de Cuba". Allí descubre que los "presos políticos" son "seres humanos" castigados cruelmente "porque quieren ser libres"; y pide a los verdugos "que seáis humanos, que seáis justos, que no seáis criminales sancionando un crimen constante, perpétuo, ebrío, acostumbrando a una cantidad de sangre diaria que no le basta ya".

Este opúsculo equivale, en su brevedad y en su forma inmadura, a "El Sepulcro de los vivos", de Dostoiewsky, en cuanto da la "buena nueva" de su encuentro con el ser humano como "Ecce-homo", en su condición de víctima que redime con su tormento el crimen de los que no saben lo que hacen. También en el presidio tiene Martí la revelación del monstruoso crimen que el despotismo comete con las gentes desvalidas España con Cuba, y del padecimiento sin eco de los que están condenados por alentar un noble ideal que sólo pueden expresar con su protesta inútil. Se le revela (es lo que significa la palabra "apocalipsis") la verdad escondida de un infierno terrestre, lo que está oculto a la mirada; y desde ese momento su destino está decidido. Sale del presidio trasfigurado, para luchar por la redención de los huérfanos de patria, cuya orfandad trae aparejada las otras, y para que "de un cabo a otro de la Isla, juntos los de la sierra y los del puerto, se oiga, por sobre los celos desarraigados para siempre, la palabra creadora, la palabra "¡hermanos!" Aplica todas sus fuerzas a extirpar, no a paliar ni a mejorar, a erradicar el sistema de opresión y de ignominia del zarismo borbónico en Cuba, y en esa empresa muere gloriosamente veinticinco años después. ¿cómo cumple el juramento de vivir para el bien de los demás?

Como era pobre, necesitaba trabajar; y como estaba enfermo (cardíaco y tuberculoso) debía realizar trabajos sedentarios; y como tenía genio y conocía muchas cosas que casi todos ignoraban, hizo periodismo con el que predicó las virtudes derivadas de su credo; y como nada salía de su cerebro ni de

sus manos sin el sello de lo insigne, alcanzó renombre de escritor. Esa era su tarea: vivir y ayudar a vivir a quienes de él dependían; ése era su oficio. También Spinoza pulía lentes. Su vocación, su pasión, su obsesión fue la libertad de Cuba por la guerra, el único camino, el más terrible. Desde enero de 1880, cuando llega a Norteamérica de España, abonde fuera segundo vez preso, plantea categóricamente la santa necesidad de la guerra. No hay pacto posible, no hay siquiera entendimiento con los anexionistas y separatistas, ni con los que se conforman con punto menos que la independencia total y absoluta de Cuba. Había que intentarlo otra vez, y a ello se consagró: "Una revolución es necesaria todavía: la que no haga presidente a un caudillo, la revolución contra todas las revoluciones, el levantamiento de todos los hombres pacíficos, una vez soldados, para que ni ellos ni nadie vuelva a serlo jamás".

*
**

Y cuando es incompatible con sus tareas de correspondencia y con sus cargos consulares el deber militante del conspirador, los renuncia. A lo que no renuncia un sólo día ni un sólo instante es a los trabajos, para él agotadores moral y físicamente, de mantener vivo y caliente el espíritu revolucionario. Si la letra de lo que hizo pensando se reproduce y se repite en cátedras y libros, lo que esa letra contiene de verdadero y de eterno se transmite por la comprensión natural que no necesita de la lectura y que le es dada por igual al docto y al ignorante. "Todo el pueblo fue conociendo el pensamiento de Martí, y por eso se fue forjando un espíritu patriótico, que hizo posible, al fin, la victoria de la Revolución" (F. Castro). "Si, exactamente. Si por la letra ha servido su obra para antologías y analectas, el espíritu ha encarnado en todo un pueblo, y se ha expresado como él quería, con hechos y no con palabras en la Revolución que por él se hizo "con todos y para todos".

E. MARTINEZ.

MAÑANITAS DE MAYO

Queridos viejos míos: Os hablo como si aún viviérais, con nuestra España en la sangre, en aquel Marruecos de protegidas negligencias cuyo sol compaginó con el ardor de todas mis inquietudes. Nunca creo que la muerte haya cerrado facultades a vuestros benévolo oídos ni a mi quebrantado corazón y, ahora que la primavera está ahí, ¡otra vez insistente y pura!, me creo en la necesidad de descubrir con ella estos brotecillos de esperanza que, en las yemas de mis sentidos y de estos dedos, están llamando con insistencia persuasiva a la puerta blanca de nuestras libertades.

Vosotros os fuisteis para siempre desde la emocionante pena del «olmo viejo, hendido por el rayo», conscientes de que el campo patrio que a vuestros hijos se les reservaba, era un yermo por cuyo ámbito transitaban simbólicos aguiluchos de sombrías amenazas. Sabíais por inexplicable intuición española, que aquellas amenazas se cernían, con asegurada permanencia, sobre nuestra mente y el alma nuestra, prontas a amputar toda forma de humana virtud, emperrada en someter todos los nobles impulsos del corazón a un servilismo ciego, abyecto y, el ideal propuesto en «verticales horizontes» se reducía, bajo la aparente sumisión a la tiranía hecha ley, a la consecución de cuanto asegurase el estancamiento de nuestras atávicas miserias. Hemos comprobado, desde dentro y desde fuera de todo lo nuestro, en qué clase de servidumbre caen los pueblos cuando la endiosada tiranía tala o destruye de cualquier modo caminos e impulsos naturales y, lo triste,, más que para vosotros para todos vuestros hijos es que seguimos siendo víctimas de esa trágica experiencia nacional.

Sabéis que lo más malo del mal es ignorar, primero su existencia, luego sus causas. También las Fuerzas de las que vuestros hijos somos víctimas lo saben y en más de cinco lustros no han hecho otra cosa que cerrar, talar, quemar, censurar e impedir toda luz saludable al Pueblo, sin descuidar de cambiar las sotanas o las camisas de las leyes y sus dirigentes. Y nuestras esterilidades, resultado del abandono de nuestros huertos íntimos, fueron

«...quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.
Mi corazón espera
también, hacia la Luz y hacia la
[Vida,
otro milagro de la primavera».

entretenidas por el despotismo hecho gobierno y por un Estado que elevaba a los altares de la Magistratura, de la Universidad y de la Iglesia, la tradición irracional e inhumana, propicia a los apetitos de los amos de turno; crenado así el espíritu de desintegración social y aparentando la unidad perdida con vociferaciones que hacían más evidente el yugo colectivo impuesto desde fuera y desde arriba.

Vuestros hijos corrimos todos en desbandada, cuando pudimos, atendiendo al grito susurrado y general de «sálvese quien pueda» España no nos abrió sus puertas; pero nos endosó el pasaporte de nuestras vergüenzas, de modo que desamparados por ella no tuviéramos fuera más que un amparo convencional... ¡España no nos podía abrir sus puertas, porque ni puertas tenía! Por entre sus grietas escapamos sin más patria que nuestra alma desamparada y sola, asustada de todo lo español aunque era lo español lo que más amaba; aterrorizados ante tantas e inexplicables sinrazones que pisarnos los talones parecían. Y, a causa de esa convencional benevolencia que os he mencionado, fuimos acogidos por otros campos que, por estar menos baldíos, necesitaban brazos para tareas serviles de las que la mayoría de sus gentes hace tiempo que ya andaban emancipados. Y aquí nos movemos, como podemos y nos dejan: por lo que se ve, y en estas materialidades que de ningún modo nos satisfacen, mucho mejor que nunca hubiéramos sospechado más abajo del Pirineo. Nuestra insatisfacción es justa y propia de quienes sabemos que la vida digna no se contenta con cualquier pedazo de pan que mendigamos, sino con la alegría que produce el pan que seamos capaces de dar... ¡Y ese fenómeno de Amor, sólo puede producirse, en nuestro favor por esos campos que debieron ser siempre de todos los españoles!

Han pasado muchos años y, a través de ellos, hemos visto el despuntar de muchas primaveras. En todas, las frescas mañanitas de mayo que tanto daban a nuestros ojos y tanto exigían a nuestra corazón, yo he percibido vuestras voces paternas que nos enseñaron a regocijarnos con el rocío de premsas mañaneras, indefinibles, pero palpables y evidentes antel el espectáculo de resurrección que la Naturaleza, consciente y fiel, ofrecía a nuestras almas perpeljas y, por falta de luz, aprisionadas.

Sentir que viene la primavera y que vuestros hijos vivimos aún en muy diversas formas de exilio, es como estar en la hoja muerta del pasado año,

contmeplando una época de regeneración de la que debiera tomar parte y que, por no ser así, será la nota amarga de tristísimos contrastes. Ese es mi caso, nuestro caso, el caso de los hijos que hiciesteis con sangre española, en un loco desplazamiento de España, y para España.

Pero si tenemos la pena de la hoja muerta, aún nos queda la esperanza del olmo seco de Antonio Machado y la alegría que me propongo comunicaros parte de esta suprema Verdad: Ni en el más árido de los yermos deja de existir, de algún modo, el más elemental principio de vida pura y, ora por los vientos de fuera, ora por las lluvias de lo alto, en cualquier parte y siempre, en anónimo secreto, se encuentra ese elemento promotor de Vida que, por estar llamado a casar con la necesidad de dignidad de los Hombres, se abre paso en pedregales, en tierras de secano, incluso junto a charcas infectas, buscando y encontrando su peculiar e inevitable camino para ofrecer una flor de luz y un fruto de justicia.

Lejos de España nos alzamos en ansiosa expectativa buscando la raíz de nuestros males y el apropiado medicamento con racionales explicaciones para ambos; pero nos falta la posibilidad de germinar en nuestra propia rama. Hemos aprendido a odiar la violencia y la sinrazón y hemos descubierto una forma inconmensurable de amor. ¡Nunca más quisieramos ver a nuestro Pueblo atacado por

sus propios males y por la espalda! ¡Nunca más quisieramos ver de cara su gesto agonizante o cada- vérico, ni aun con sudarios de hilos de oro o coronas de piedras preciosas! Anhelamos ver a España como una muchacha inocente y pudorosa recién salida del baño, dispuesta a ser novia ilusionada, mujer casta y madre capaz de todos los grandes y puros amores para todos, absolutamente todos sus hijos! Por todo esto nos sorprende y nos comueve, en las postrimerías de este invierno, contemplar el yermo espiritual del solar patrio y ver que en las aulas forjadoras de mentes y pensamientos, despunta al fin cierto renuevo de luz liberadora y nos damos cuenta, con justo regocijo, que esa luz exige su puesto con un transparente clamor de gloriosa primavera ¡Le cuesta al brote hacerse paso entre las durezas que el invierno dejó en la encalecida rama; pero despunta rasgando con ternura y con belleza, como un suspiro y una alabanza, como un beso y una mirada fraternal.

Y yo quiero deciros, padres y viejos míos, los que partisteis sin ver colmadas vuestras esperanzas, que quizá nosotros nos unamos a vuestra inefable eternidad sin ver cumplidas las promesas que atesoramos; pero que en estas mañanitas de mayo, nuestros corazones esperan también, dirigidos hacia la Luz y la Vida, los múltiples milagros de la Primavera.

M. R.V.

PRIMERO DE MAYO

Réplica elegiaca de ABARRATEGUI

*Veo, España, tu aflicción
y advierto en tu extraña suerte,
cómo te lleva la muerte
tras su heráldico pendón
La horrenda voz del cañón
abrió enorme sepultura
en tu tierra extrema y dura.
Y con glosas legendarias
se engendraba, entre plegarias
la historia de tu locura.*

*Lloro porque mal te hicieron
los que tus yerros loaron...
Nunca los pueblos alzaron
su frente cuando se irguieron
y de matanzas vivieron.
Sus triunfos tan baldíos
hicieron sangrar los ríos
y no abrieron horizontes
frente al mar ni tras los montes
transidos de arcanos fríos.*

*Por doquier tiene mi mente
dolor y llanto sin nombre
al ver que, en manos del hombre,
muere el hombre estérilmente
y, luego arrogantemente,
el homicidio se engloria
dándole acento a su historia
de legendaria epopeya,
cuando sólo en él descuella
corrupta muerte y escoria.*

*Tiembla mi alma en su dolor
al ver qué blanco y qué pulcro
es España ese sepulcro
donde se ensalza el horror.
La vida que sin amor
se vive y la historia altera,
no tiene más primavera
que artificios y tímboles
que en vano acallan los males
del mal que su seno hiriera.*

Aún nos duele en las entrañas
la altivez y la arrogancia
del estertor de Numancia
y otras castizas hazañas..
¡en qué cruzadas patrañas
se velan gestos y gestas,
mientras anónimas gestas
caen por gracia de una pica
que, en Sagunto o en Guernica,
manejan fuerzas impuestas!

¡Yo no profano mi tierra;
pero le desgarré el manto
que en vano cubre el espanto
de tanto tambor en guerra!
Ese redoble que aterra,
la Verdad dejó postrada.
Basta al Amor su pisada
con sus frutos de alegría
para probar si, algún día,
tuvo en España morada.

No se conoce invasor
que arrasase con tanta saña
la vida de nuestra España
que el odio devastador.
La Iglesia, su celador,
en sus pías impiedades
atravesó las edades,
y en raros botafumerios
confundió con sus misterios
tormentos y eternidades.

La guerra allá perduró
de santas causas vestida.
Tomó la Iglesia su brida
porque vengarse juró
de quien, libre, se negó
a aceptar trabas oscuras.
Y haciendo sacras locuras
en nacional alzamiento,
dieron muerte al pensamiento
con sus trabucos, los curas.

Fue la ambición fiera y loca
lo que, en delirios obtusos,
dejó con gritos confusos
de España, herida, su boca.
Y aquí, a la Luz, hoy nos toca,
para rehacer su presente,
lavarle a España la frente
y los mancillados senos,
¡y eliminar los venenos
que tuvo el agua en su fuente!

Sonaron patrias caciones
dictando abyectos deberes,
y lloraron sus mujeres
quebrando sus ilusiones,
porque heridos corazones
de seres que bien amaron

y en virtudes conservaron,
"benditas" huestes de fieras,
con excusas patrioterías,
para siempre arrebataron.

¡Mártires de la lealtad
llámanse quienes murieron
en campaña que cubrieron
de sangre nuestra heredad,
cerrando a la libertad
las puertas del patrio suelo?
¿Mártires de qué y qué cielo
quienes víctimas propicias
de pasiones y delicias
motivaron tanto duelo?

¡Guerra, gritó en nuestro lar
el sacerdocio con ira!
El Pueblo hacia dentro mira
y al ver que, al querer matar,
la Iglesia misma al altar
eleva sus odios viejos,
rompe cadenas y espejos
y, alzando limpia la faz,
clama en son de ansiada paz
por la paz que ve a lo lejos.

¡Salva, Pueblo, tu heredad;
la Vida lo quiere ahora!
Y es tu misión salvadora
tener y dar libertad.
Con tu esfuerzo hecho verdad
en trabajos y en amores,
espera el fruto en las flores
de tu presente constante
y halla tu gozo al instante
de derramar tus sudores.

Nunca más España tenga,
jactanciosa, por laureles,
a sangre y fuego hacer fieles
con la espada por arenga.
La Vida siempre se venga
de tamañas tiranías
y hay miserias que a su días
dejan el lúgubre acento
de un angustiado lamento
dado en sangrientas orgías.

¡Oiga la Patria el cantar
del hombre que, entre otros hombres,
no necesita más nombres
que el que deja en su pasar!
Invicta cosa es amar
muy por encima de todo,
renunciando a plata y lodo
que mancille la conciencia
y hallando la hermosa Ciencia
de unir mi codo a tu codo.

Francia, 1965.

EL CENTENARIO del

"Syllabus"

y la A.I.T.

El 8 de diciembre de 1864 el Papa Pío IX daba a conocer conjuntamente la encíclica *Quanta Cura* ("contra los modernos errores del naturalismo y el liberalismo"), con el "Syllabus, o sea colección de errores modernos", proposiciones de anteriores encíclicas o documentos publicados por el mismo pontífice.

El centenario de aquellas publicaciones no ha sido debidamente señalado, cuando por cierto fue muy grande la repercusión que tuvieron en su tiempo, llegando a decidir en muchos aspectos la situación del catolicismo en el mundo histórico contemporáneo.

La filosofía general de estos documentos es que debe ser anatemizado como un tremendo error que "El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberallismo y la civilización moderna" (sic)

En particular Pío IX condenaba como errores cualquier forma de racionalismo, el liberalismo, el progresismo, el socialismo, el comunismo, el protestantismo, así como todas las demás religiones, la educación laica y popular, la sociedad civil, la separación de la Iglesia y el Estado, la supresión del poder temporal de la Iglesia Católica, el cientificismo, el matriomonio de los sacerdotes, el matrimonio civil en general, etc..., etc...

La reprobación categórica, ardiente, de las "pestes de doctrinas" y "libertades de perdición" incluía, por ejemplo, la libertad de conciencias y de cultos, así como la libertad de palabra y de prensa, etc... Es error condenable por ejemplo que "todo hombre es libre para abrazar y profesar aquella religión que, guiado por la luz de la razón, juzgue verdadera" (sic).

Estos documentos que inspiraba la extrema derecha católica, todavía imbuida del espíritu de la Restauración, estaban dirigidos, aparte de las corrientes laicas ascendentes en esos años, contra los propios católicos de izquierda. Figuras como Lord Acton en Inglaterra, Dollinger en Alemania, Lammenais y Montalembert en Francia se vieron directamente afectadas por estos documentos, y en muchos casos excluidos sus partidarios de la Iglesia, que, con el peso de la autoridad del Pontífice, (que por lo demás poco después fue declarado infalible), condenaba tan categóricamente sus ideas.

Así en el mismo año en que nació la Asociación Internacional de los Trabajadores, la Iglesia Católica escogió por un siglo la extrema derecha. Su lugar fue desde entonces junto al capitalismo, la ultrareacción, el autoritarismo, el conservadurismo, el absoluto tradicionalismo.

En 1965, en que debe reunirse nuevamente el II Concilio Ecuménico, y considerarse el famoso esquema de la libertad de pensamiento, se trata nada menos que de ratificar o rectificar las opiniones de Pío Nono, y en esa polémica se enfrantan de nuevo dos alas del catolicismo del año 1864.

CARLOS M. RAMA.

de la obsita del mismo nombre escrito por Petro Gori, el Poeta de la Anarquía.

de la obrita del mismo nombre escrito por Petro Gori, el Poeta de la Anarquía.

...Este cuadro o boceto de ocasión simboliza una gran transformación. La joven campesina de alma ardiente, pura, gentil, magnánima y valiente, que despreciando la fatal rutina otro mundo más justo se imagina, y sigue al extranjero misterioso en pos de amor sublime y no engañoso, es la idea que lucha y que redime a todo aquel que entre cadenas gime; y el extranjero, hado que nos guía a un porvenir de paz y de armonía.

Y es el joven enfermo el que comprende y ama y sueña y a lo justo tiende, pero débil de cuerpo, ya cansado, no acierta a desprenderse del pasado, gran corazón que a la verdad se adhiere pero que al fin encadenado muere...

El viejo campesino simboliza la ignorancia, que forja y eterniza, las cadenas que adora y que respeta y a las cuales él mismo se sujeta

El privilegio es la vieja dama que a nuestra sociedad justa le llama, porque encuentra corriente y natural que unos vivan muy bien y otros muy mal.

(Señalando alternativamente el tugurio y la casa señorial).

Este es el tugurio miserable. Aquél es el palacio confortable. Aquí el obrero hambriento que padece. Ahí los que a la holganza se reducen. Y se lo llevan todo y no producen...

Este es el argumento del poema, síntesis general del gran problema, mas estas frases, senda ya trazóle.

(Laggiú, verso la parte donde se leva il sole (1).

Caminando orgulloso hacia el Oriente, majestuosa, altiva, omnipotente, la idea todo paz, luz y armonía a los creyentes y animosos guía al mundo prometido y deseado, allá en el porvenir ya vislumbrado.

(Señalando el mar y el campo).

Allá en los verdes prados sonrientes, en los frescos jardines florecientes: sobre las casas blancas que al mar miran y a cuyos pies las olas que suspiran se estrellan dulcemente, hoy día Primero del Mayo venturoso del obrero, sonríe sin cesar la Primavera y ondear se ve al viento una bandera...

Esa alfombra de mágica hermosura salpicada de flores y verdura, esos campos que activos productores cultivaron a fuerza de sudores, y esa enseña que besa el manso viento con blando y apacible movimiento: Son los frutos, ¡oh Pueblo!, producidos por tus huestes inmensas de oprimidos; y el estandarte del trabajo honroso que da al aire, sus pliegues, orgulloso Salud, ¡oh Primavera!, a tu hermosura. Salve a tu juventud y galanura!

Salvando las fronteras y los mares llegan acá suspiros a millares y a través de fronteras y océanos surge el rebelde grito en los humanos.

Grita sublime de furor profundo que un día habrá de redimir al mundo!

(Coro interno en los lejanos campos)

Mayo... Mayo!...
¿Oís?... ¿Oís los acordes sonos que lanzan hasta el cielo las naciones? ¿Oís del himno el armonioso canto? Con este himno de tan dulce encanto marcha en pos del hombre la altanera prole. Laggiú, verso la parte donde si leva il sole.



**poetas
de
ayer
y de
hoy**

HIMNO DEL 1º DE MAYO

*Ven, oh mayo, te esperan las gentes,
te saludan los trabajadores:
dulce Pascua de los productores,
ven y brille tu espléndido sol.*

*En los prados que frutos sazonan,
hoy retumban del himno los sonos
ensanchando así los corazones
de los parias e ilotas de ayer.*

*Desertad, ¡oh falange de esclavos!,
de los sucios talleres y minas,
los del campo, los de las marinas,
tregua, tregua al eterno sudor.*

*Levantemos las manos callosas,
elevemos altivos los frentes,
y luchemos, luchemos valientes
contra el fiero y cruel opresor.*

*De tiranos del ocio y del oro,
procuremos redimir al mundo,
y al unir nuestro esfuerzo fecundo,
lograremos al cabo vencer.*

*Juventud, ideales, dolores,
primavera de atractivo arcano,
verde mayo del género humano,
dad al alma, energía y valor.*

*Alentad al rebelde vencido
cuya vista se fija en la aurora,
y al valiente que lucha y labora
para el bello y feliz Porvenir.*

Bajo el signo ESTUDIOS y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores

los libros siguientes :

EN ESPAÑOL

Canarás el pan	2,00
Genoveva, Lamartine	3,30
Genio del cristianismo (el), Chateaubriand	6,00
Gerona, Galdos	2,50
Guerra de España, Brue y Tamime	15,00
Guerra de Yugurta, Gayo	4,00
Guerra Civil, García Pradas	2,50
Generación consciente	0,60
Gil Blas	5,00
Gonzalez Pacheco (Teatro)	10,00
Grito en las venas	4,00
Grandes remedios naturales (los)	3,50
En Gran Oriente	2,50
Grecia libertaria	1,20
Gramática castellana Zúñiga	5,00
Graziela Verne	2,00
Guerra secreta por el algodón	4,50
Guía de la salud mental	5,00
Guatemala en el año 2000	4,00
Guía de la archivera Brauman	6,00
Guzmán de Alfarache, Alemán	4,00
Hacia el norte	5,00
Habla, oh pastor	8,50
Hermanos Karamazof	5,00
Herencia de la sangre, Ala	2,00
Heroe y el discreto, Gracián	2,00
Heroínas, Montseny	1,50
Herejías, Prat	0,50
Hellen Key o la libertad de amar	1,20
Hernan y Dorotea, Goethe	4,00
Historia de la civilización	5,00
Historia de San Michele	7,00
Hija de las nieves (la)	6,00
Historia de un crimen	0,80
Historia del anarquismo	2,00
Historia de los tiempos venideros	2,50
Historia de un perro	6,00
Historia del rey Canamor, Anónimo	4,00
Historia de Cabidoulin, Verne	2,10
Historia de Rusia, Sestakov	3,00
Historia de un delito	8,00
Hijo de nadie (el), Urales	0,50
Higiene, salud y microbios	1,00
Hijos del amor (los), (incompleto)	0,50
Hombres y dioses	5,00
Hombre que hace fortuna, Rondes	4,00
Hora del juicio final, C. Martinez	6,00
Humanitarismo y terror	7,00
Hombres sin destino	4,00
Hombrecillo de los gansos (el)	10,00

EN FRANÇAIS

Album d'exposition d'art espagnol en exil	1,50
L'affaire Ferrer devant les Cortes, Cruzel	1,50
Amour des Frères	0,50
Année 41	0,50
L'aliénée	0,50
Babbitt	4,00
Banco Cynthia, G. Paul	7,00
Les Bêtes	3,50
Le Cabaret de la belle femme	3,50
Un Centenaire bulgare	8,50
La Commune de Paris	1,00
Cœur de grand musicien, Auderville	7,50
Le cœur du Sphinx	0,50
La condition humaine, Malreaux	4,00
Dans la forge de la vie	0,50
Deux secrets pour l'Espagne, Aubier	18,00
La dernière innocence, Ferthin	5,50
Francisco Ferrer, Sol Ferrer	15,00
Les Frères Reclus, P. Reclus	8,75
Faust	6,00
La guerre et la paix, Tolstoï (2 tomes)	12,00
Les gars de la Marine, Brinkley	6,90
La division du travail social	22,90
L'isolation acoustique dans le bâtiment	18,00
Joies et fruits de la lecture	7,00
Mythologie marxiste léniniste, Britel	2,50
Mon ami Jules	0,50
Les magnétophones modernes, Vergnet	14,00
Œuvres complètes de Tolstoï	6,00
La pensée chinoise, P. Gille	0,90
Pierre Kropotkin	6,00
Plume d'oie	0,50
La révolution inconnue, Voline	5,50
Quadrille matamores, d'Aubonne	5,00
Le suicide, Durkheim	22,00
Statistique d'économetrie, Guitton	18,00
La réprouvée	0,50
Sociologie fédéraliste libertaire, Respaud	3,75
Trois femmes, Moris	5,50
Un ennemi passait	0,50
La vie religieuse, Mirkeihm	26,00
Le vrai Don Juan	4,80
La vie de Louise Michel, Planche	7,00
La vermine	0,50
Le vatican contre l'Europe, Paris	15,00
Zola, Zevaes	7,00
Marchand de papier	0,50
Mabel	0,50
L'infamale tentation	0,50
Les Vichy-Bouzouks	0,50

10 % DESCUENTO A PARTIR DE 10 FRANCOS
PEDIDOS A CENIT